

La alta sociedad de Alejandría según el Pedagogo de Clemente

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ
Universidad Complutense. Madrid

Clemente de Alejandría ha dejado en su *Pedagogo*, obra escrita en torno al año 200, dos libros dedicados a describir minuciosamente la vida de esta gran ciudad egipcia; Alejandría ¹ era en el siglo II d.C una ciudad tan grande como Roma (Herod. 4,3,7).

Clemente fue el sucesor de Panteno, fundador de la escuela que sería la primera universidad cristiana y maestro de Orígenes. Este fue el fundador de la teología cristiana y el mayor genio del cristianismo antes de San Agustín.

Los libros II y III del *Pedagogo* constituyen la parte más interesante de la obra. H.I. Marrou, en su introducción a esta obra, los considera un repaso a la actividad diaria de un cristiano ². Ningún aspecto de la vida cotidiana de la clase rica cristiana de Alejandría escapa al ojo del autor.

El libro II comienza con la descripción de la cena, principal acto social de la tarde, lo que le brinda ocasión para aconsejar sobre la manera de comer y beber y, en general, el modo de comportarse durante la cena; un aspecto importante de la misma, examinado por el autor, es el uso de coronas y ungüentos.

¹ VARIOS, *Alessandria e il mondo ellenistico-romano. Studi in onore di Achile Adriani*, Roma, 1989. Sobre el Egipto romano: VARIOS, «Politische Geschichte (Provinzen und Randvölker: Afrika mit Ägypten)», *ANRW II*, 10, 1, 1988; VARIOS, *Roma e l'Egitto nell'antichità classica*, Roma, 1989. Para la época de Clemente, R. ANDREOTTI, *Commodo*, Roma, 1952; J.CH. TRAUPMANN, *The Life and Reign of Commodus*, Princenton, 1956; C. FORQUET, *Les Césars africaines et syriens et l'anarchie militaire*, Rome, 1970; M. PLATNAEUER, *The Life and Reign of the Emperor Lucius Septimius Severus*, Roma, 1965; G. TURTON, *The Syrian Princeps: the Woman who ruled Roma AD 193-235*, Londres, 1974. Estas princesas sirias debieron ser modelo para las mujeres de la alta sociedad de aquella época. A. BIRLEY, *The African Emperor Septimius Severus*, Londres, 1988; U. ESPINOSA, «El reinado de Commodo: subjetividad y objetividad en la antigua historiografía», *Gerión*, 2, 1984, 113 ss. Sobre Clemente: S. FERNÁNDEZ, *Génesis y antropología cristiana según Clemente de Alejandría*, Vitoria, 1990, con abundante bibliografía.

² *Le Pédagoge*, I, París, 1983, 42 ss. También G. BIANCO, *Il Prorettico. Il Pedagogo*, Turín, 1971. También A. CASTIÑEIRA, *Clemente de Alejandría. El Pedagogo*, Madrid, 1988.

Clemente aborda después el tema del sueño, ofreciendo unas cuantas reglas para dormir bien. El descanso nocturno le brinda la ocasión para referirse a la vida sexual y sus consecuencias. Los capítulos finales de este segundo libro están dedicados a los zapatos y a las piedras preciosas, a las alhajas de oro, etc., es decir, al ornamento personal.

En el libro III, después de un capítulo consagrado a la belleza espiritual, el escritor se refiere a la coquetería masculina y femenina. Otros puntos tratados por Clemente en él, son: el mal uso de los criados y animales caseros y los baños. Una larga recapitulación —en la que se refiere a aspectos no tratados, como los espectáculos— cierra este libro.

Como describe Henri-Irénée Marrou³, «Clément abandonne et reprend son sujet, profite de toute occasion pour s'offrir considérations marginales, excursus, anticipations, allusions ou rappels». Estamos totalmente de acuerdo con el estudioso francés⁴ en que la obra de Clemente se dirige a cristianos pertenecientes a la aristocracia alejandrina, es decir, a gentes ricas que participaban en las asambleas litúrgicas, pero que después se comportaban como paganos. La pintura, un tanto satírica, de la vida de esta aristocracia, podría aplicarse perfectamente a toda la del imperio, incluso a la que existía antes y después de la publicación del *Pedagogo*, pues las costumbres sociales evolucionaron en la Antigüedad muy lentamente.

En las obras clásicas dedicadas a describir la vida y las costumbres de los romanos, como son las de Friedländer⁵, Carcopino⁶ y Paoli⁷, no se utiliza la obra de Clemente. El historiador debe plantearse, en efecto, el valor que hay que conceder a estos dos libros del *Pedagogo*. Hasta ahora, las tesis propuestas son, en este sentido, contradictorias: E. Paye, F.J. Winter, W. Capitaine, M. Glaser, J. Tixeront, L. Zellinger y P.J.G. Gussen⁸ opinan que los libros I y II del *Pedagogo* son «una pintura casi completa de la sociedad elegante de Alejandría». La opinión de H.I. Marrou es que constituyen un documento para la historia general.

Creemos que dichos libros constituyen una fuente para conocer los usos y costumbres de la época del autor; de ellos se puede obtener una colorida pintura de una jornada en la vida de un rico alejandrino del s. II-III d.C. El *Pedagogo* representa, para su ambiente y su tiempo, un testimonio que corresponde —al menos por su truculencia— al del *Satiricón* de Petronio pa-

³ *Op. cit.* 45.

⁴ *Op. cit.*, 7, 62-63.

⁵ *La Sociedad romana. Historia de las costumbres de Roma desde Augusto hasta los Antoninos*, México, 1982.

⁶ *La vie quotidienne à Rome à l'apogée del Empire*, París, 1939.

⁷ *Urbs: La vida en la Roma Antigua*, Barcelona, 1944.

⁸ Véase bibliografía en H.I. MARROU, 86-88. P.J.G. GUSSEN, *Het leven in Alexandrie volgens de cultuur Pritorische gegevens in de Paedagogus (Boek II en III) van Clemens Alexandrinus*, Assen, 1954, que es el libro fundamental para el contenido de este trabajo.

ra la Italia del s. I o al de Marcial (autor utilizado preferentemente por Fürtländer) Juvenal o Séneca para la Italia de su tiempo⁹.

Para otros investigadores modernos, como Friedländer, P. Wendland, W. Wagner, etc., la descripción de las costumbres sociales, que nos ofrece Clemente, sigue la tradición satírica y moralizante de las generaciones anteriores, principalmente la debida a Musonio Rufo, cuyo influjo en todo el cristianismo alejandrino y, concretamente, en el *Pedagogo* de Clemente, es grande¹⁰; también tendría una deuda contraída con la diatriba¹¹. Pero la tendencia a atacar los excesos de lujo y la libertad de las costumbres son lugares comunes en todos los autores moralizantes de siglos anteriores a Clemente.

La documentación, arqueológica y literaria, que se presenta en nuestro trabajo completando la ofrecida por P.J. Gussen, prueba que los libros II y III del *Pedagogo*, responden a una realidad histórica y constituyen una pintura realista de su tiempo. Clemente de Alejandría se ha fijado en varios puntos concretos, de cuya veracidad histórica no se puede dudar; sin embargo, no todas sus afirmaciones hay que aceptarlas al pie de la letra; como sucede en los autores satíricos y moralistas hay exageraciones e influjos de autores que vivieron varios siglos antes. No tendría sentido describir las costumbres de la alta sociedad de Alejandría, si éstas no existieran realmente, aunque fueran caricaturizadas.

La sólo enumeración de los temas tratados en el libro II (las comidas, los muebles de lujo, la conversación, el uso de ungüentos y coronas, el descanso nocturno, la procreación de los hijos, el uso de piedras preciosas y objetos de oro, etc.) indican bien la variedad de aspectos abordados y su conocimiento de la vida real de su tiempo. Aún en el libro III se abordan

⁹ E. CONDE, *La sociedad romana en Séneca*, Murcia, 1979. A. DEL CASTILLO, *La emancipación de la mujer en el s. I d.C.*, Granada, 1976; G. ARRIGONI, *Le donne in Grecia*, Bari, 1985; P. SCHMITT (ed.), *Le donne. L'Antichità*, Bari, 1990. En España han sido publicados los trabajos de: E. GARRIDO (ed.), *La mujer en el Mundo Antiguo*, Madrid, 1986; A. LOPEZ, C. MARTÍNEZ, A. POCIÑA (eds.), *La mujer en el mundo mediterráneo antiguo*, Granada, 1990; M. BORRAGAN, *La mujer en la sociedad romana del alto Imperio (s. II d.C.)*, tesis doctoral inédita; S.B. POMEROY, *Women's History and Ancient History*, North Crolina, 1991.

Sobre la mujer cristiana, aunque referido a época posterior a la de Clemente es útil: M. IBARRA, *Mulier Fortis. La mujer en las fuentes cristianas (280-313)*, Zaragoza, 1990. Sobre la mujer en el cristianismo primitivo: E. FIORENZA, «Presencia de la mujer en el primitivo movimiento cristiano», *Concilium*, 111, 1976, 9 ss. con bibliografía. sigue siendo fundamental A. HARNACK, *Missione e propagazione del cristianesimo nei primi tre secoli*, Roma, 1954, 406 ss.

Para el contenido de este trabajo también son útiles: R. TURCAN, *Vivre a la cour de Césars*, París, 1987; VARIOS, *Histoire de la vie privée. De l'Empire romain à l'an mil*, I, París, 1985. Sobre la mujer en el Egipto romano: S.B. POMEROY, «Women in Roman Egypt. A Preliminary Study based on Papyri», en *ANRW*, 10.1, 708 ss. Sobre el cristianismo primitivo y la sexualidad: P. BROWN, *Il corpo e la società. Uomini, donne e astinenza sessuali nei primi secoli cristiani*, Turín, 1992.

¹⁰ H.I. MARROU, *op. cit.*, 51-52.

¹¹ H.I. MARROU, *op. cit.*, 83-86.

otros puntos no examinados en el anterior, como son la manera de embellecerse, el trato social, el comportamiento en los baños. etc.

COMIDA

Comienza el autor cristiano, al tratar de la comida, con el siguiente pensamiento: «si los paganos viven para comer como los animales irracionales, para los que la vida es sólo comer, a los cristianos el *Pedagogo* nos manda comer para vivir» (*Paed.*, II,10,4). El aforismo, como señala Marrou¹² en su comentario al libro II del *Pedagogo* de Clemente, fue célebre en la Antigüedad y podría remontar al mismo Musonio Rufo (XVIII B, p. 102, 8 Herse), quien a su vez lo atribuye a

Sócrates; otros autores lo consideran de Diógenes, de Aulo Gelio (XIX,2,7) o de Diógenes Laercio (II,34).

El mejor ejemplo para ilustrar la afirmación de que los paganos vivían para comer es la cena de Trimalción, en el *Satiricón* de Petronio; en este sentido los alimentos consumidos por la gente rica de Alejandría no debían ser muy diferentes a los descritos por Petronio (*Sat.*, 47, 65-66). Banquetes suculentos como éstos debieron ser frecuentes entre los miembros ricos de la sociedad romana. Clemente (*Paed.* II, 14) toma nuevamente pensamientos de Musonio Rufo (XVIII B, p. 102, 5H) y de Platón (*Phil.*, 60A-B) cuando afirma que el alimento no debe ser una ocupación, ni el placer un fin en sí mismo, sino una ayuda para la vida. Clemente de Alejandría es un excelente conocedor de la literatura pagana y sus afirmaciones se apoyan continuamente en frases debidas a otros autores cuyos nombres en ocasiones silencia, constituyendo así una magnífica prueba de la asimilación de los escritores cristianos de todo el pensamiento pagano cuando éste puede ser útil. No podemos buscar, por tanto, una gran originalidad en el escritor alejandrino, cuyo pensamiento se nutre de los que vivieron anteriormente.

Los alimentos a consumir deben ser, según nos dice Clemente, sencillos y sin manjares refinados, capaces de producir el crecimiento, la salud y un vigor corporal equilibrado, según observó ya Platón (*Rep.* III, 404 A)¹³. Advierte el autor cristiano (*Paed.* II, 2, 2-3) los inconvenientes del exceso de comidas, como son la indisposición del cuerpo, el dolor de estómago, etc., apoyándose en las sentencias del médico Antífanes de Delos. Clemente enumera (II, 3) una larga lista de los alimentos exóticos que se consumían en los banquetes alejandrinos; dicha enumeración debe tener una fuente o fuentes de carácter literario, según sostiene H.I. Marrou¹⁴, pues las en-

¹² *Le Pédagogue* II,12 nota 2.

¹³ H.I. MARROU, *Historia de la educación*, Madrid, 1972, 98, 175.

¹⁴ *Le Pédagogue* II, 14, nota 2.

contramos análogas en autores como ateneo (I, 4, CD), Aulo Gelio (VI, 16) o Pollux (VI, 63). Sin embargo nosotros somos de la opinión de que estos platos fueron consumidos por las gentes en diferentes épocas y ciudades de la Antigüedad. Clemente menciona concretamente murenas del Estrecho de Sicilia, anguilas del Meandro (ya mencionadas como manjar exquisito por Simónides de Amorgos (*Ath.*, 7, p. 299 C), cabritos de Melos, mariscos del Cabo Pelorón, ostras de Abydos, anchoas de Lípara, rape de Mantinea, acelgas de Ascra, pechinas de Metimna, barbos de Atica, tordos de Dafne, etc.

En general, los romanos fueron aficionados a comer bien, como indica el mosaico romano del s. II (inspirado en el *asarotos oikos* de Sosos), obra de Heráclito (el musivario más célebre de la Antigüedad citado por Plinio, XXXVI, 168), que representaba el suelo de una casa después del banquete¹⁵). Los romanos, grandes conocedores de todo tipo de peces, los representaron sobre mosaicos, como prueban los pavimentos del *tablinum* de la casa de Fauno de Pompeya y de la casa VIII, 2.16 de Pompeya¹⁶, fechada en el s. II d.C., o el de Tarragona, del s. III, decorado con todo tipo de peces y ostras¹⁷. J.J. Pollit puntualiza que los mosaicos de peces son muy frecuentes en Pompeya y que eran muy apropiados para los comedores: «Podemos imaginar a los cultivados comensales discutiendo recónditos puntos de ictiología y señalando al mosaico mientras comían los pescados de su cena».

Entre las aves se citan en el *Pedagogo* las procedentes de Fasis, la perdic de Egipto y el pavo de Media. Clemente afirma que todos estos alimentos se consumían en los convites de su ciudad, ofreciendo un dato de la exquisitez que los alejandrinos buscaban en la comida: al pan le quitaban lo que tenía de alimento. Puntualiza también (*Paed.*, II, 4) que la comida no tenía límite, lo que sabemos también por otras fuentes.

Los alejandrinos eran muy aficionados a los pasteles y, en particular, a los dulces hechos con miel y a las golosinas, inventando toda clase de postres y recetas. El escritor alejandrino se refiere (*Paed.* II, 4.3-7.3) también a los ágapes, a los que dedica un largo párrafo. Algunos llamaban así a ciertas pequeñas cenas, almuerzo o recepción que destilan olor de los asados y de las salsas. Se caracterizan estos ágapes por la molicie, por los humos de los asados y de las salsas que se consumían en pequeños platos. El escritor cristiano censura el nombre de ágape que contrapone al verdadero ágape de los cristianos. Alrededor de estos banquetes pululaban los pugi-

¹⁵ J. CHARBONEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *Grecia Helenística*, Madrid, 1970, 156 fig. 156; J.J. POLLIT, *El arte helenístico*, Madrid, 1989, 348 fig. 233.

¹⁶ J. CHARBONEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *op. cit.*, 183 figs. 189-190; J.J. POLLIT, *op. cit.*, 352 figs. 238-239.

¹⁷ M. BOBADILLA, «El mosaico de peces de la Pineda (Tarragona)», *Pyrenae* 5, 1969, 141 ss. sobre los alimentos en Roma, cfr.: A. DOSI, F. SCHELL, *Le abitudini alimentari dei Romani*, Roma, 1992; *Id.*, *I Romani in cucina*, Roma, 1992 con toda la bibliografía.

listas y la tribu salvaje de los parásitos, los que buscaban los placeres del vientre con merma de la razón y a los que Clemente compara con bestias de forma humana.

Clemente es partidario en la comida, como en todos los aspectos de la vida, de la moderación (*Paed.* II, 15-16) y recomienda que aquélla se componga de cebollas, aceitunas, algunas legumbres, leche, queso, frutos y otros diversos manjares condimentados con miel pero sin salsas. Como puntualiza acertadamente H.I. Marrou¹⁸, el menú cristiano es un menú filosófico, combinación de la lista de manjares recogida por Musonio Rufo (XCIII H p. 95, 6-8) y de la confeccionada por Platón (*Rep.* II, 372 C); también antes que el gran alejandrino hizo otro Plutarco (*Quaest. comv.* IV, 664 A). Se trata de un menú típico de comensales vegetarianos: recomienda alimentos sencillos y no pasados por el fuego, como ya advertía Musonio Rufo (XVIII A, p. 95, 4-6). Clemente no duda en afirmar que los que se entregan desordenadamente a la comida, están poseídos por el demonio del vientre, el peor y más pernicioso de los demonios. El escritor alejandrino encuentra apoyo para su recomendación (*Paed.* II, 16-17) de la frugalidad en las comidas prescrita por las *Sagradas Escrituras*, así como en los escritos de Platón (*Paed.* II, 18).

También ofrece algunos consejos (*Paed.* II, 13, 1-2) sobre cómo comportarse correctamente en la mesa, lo cual parece indicar que los comensales eran, generalmente, muy groseros, como se advierte también en la descripción de la cena de Trimalción. Recomienda abstenerse de tocar los alimentos, no manchar la *kliné* o la barba, conservar el decoro del rostro, tender las manos a los alimentos a intervalos, no hablar con la boca llena, etcétera.

LA BEBIDA

El capítulo del libro II del *Pedagogo* está consagrado a la bebida. Menciona Clemente (*Paed.* II, 21, 1) las borracheras, a las que debían entregarse fácilmente los alejandrinos en los convites. El límite de la bebida lo coloca en el mantenimiento de la razón y de la memoria y que el cuerpo quede al abrigo de la agitación y al temblor provocado por el exceso de vino. Señala también (*Paed.* II, 25, 4) en qué consistía la felicidad para muchos de los conciudadanos de su tiempo: en la intemperancia y el desorden de los banquetes, en bacanales y borracheras, en baños, libaciones, orinales, holgazanerías y bebidas.

Denuncia que algunos caminan medio borrachos, dando tumbos, coronados como en las urnas funerarias, escupiéndose vino los unos a los otros, bajo pretexto de cuidar la salud. Otros, completamente hartos, van man-

¹⁸ *Le Pédagogue* II, 38, nota 9.

chados, pálidos, con la cara lívida y —como indicó un cómico (CAF III p. 472, n. 342)— a la borrachera del día anterior añaden ya, por la mañana, una nueva. El *Satiricón* de Petronio, la *Metamorfosis* de Apuleyo y el *Asno* de Luciano de Samotracia confirman que en los banquetes se bebía mucho vino continuamente y que las borracheras eran muy frecuentes. Aquiles Tacio (2.2), canta el gran invento del vino debido a Dioniso. Dión de Prusia, en su discurso XVII 1.3, afirma que «algunos van sólo a beber a los banquetes», y que «otros cantan entonada o desenconadamente» en ellos. En pocas líneas (*Paed.* II, 26.1), Clemente describe sobervientemente la vida desordenada de las clases acomodadas de Alejandría, puntualizando (*Paed.* II, 26, 2) que dicha pintura responde a la realidad.

Insiste Clemente (*Paed.*, II, 26.1) que era frecuente encontrarse borrachos por las calles de Alejandría que provocaban la risa o la compasión. Los borrachos llevaban una vida ociosa, entregada a los placeres y al amor del vino (*Paed.* II, 27, 1). El autor cristiano ataca los excesos del vino apoyándose en textos de las sagradas escrituras así como de fuentes paganas.

También menciona los vinos que se consumían en Alejandría (*Paed.*, II, 30), uno de los puertos más activos del Mediterráneo: a la metrópoli egipcia llegaban vinos de Quíos y de Arioussa ya muy famosos, pues los menciona Ateneo (I, 23 F); de Tassos, célebres por su aroma; de Lesbos; de Creta, conocidos por su dulzor; de Siracusa; de Naxos y otros muchos, de procedencia itálica, apreciados por su *bouquet*.

Una enumeración parecida de vinos de lujo se encuentra en diversos autores, como en Plinio el Viejo (XIV 73-76), en Eliano (*Var. Hist.*, XII, 31) y como anteriormente, en Ateneo (I, 32 F-33 C). Clemente puntualiza que el refinamiento de la bebida es disfrutado sólo por los más ricos (*Paed.*, II, 33, 1), recogiendo el dato curioso de que la secta de los encratitas (*Paed.* II, 33, 1) se abstenía de vino. Sabe también el escritor cristiano que pueblos guerreros, como los escitas, los celtas, los iberos y los tracios fueron grandes bebedores. De los iberos lo confirmaba ya Platón (*De leg.* I 637 E), que conoció dicho pueblo en la guardia personal del tirano de Siracusa.

Hispania exportaba a comienzos del Principado buenos vinos¹⁹, si bien en el monte Testaccio de Roma no aparecen ánforas de vino. Plinio el Viejo, que conocía bien Hispania por haber sido procurador de la provincia Tarraconense en época flavia, menciona como famosos los vinos hispanos, lacetanos, tarraconenses y baleáricos (XIV, 71). De Turdetanis (la Bética) se exportaba mucho vino, según Estrabón (III, 2, 6).

Clemente nos dice que las mujeres, por elegancia, no queriendo abrir mucho los labios, evitaban verter los líquidos en copas largas y bebían indecorosamente en vasos de alabastro de boca pequeña, echando la cabeza hacia atrás y poniendo el cuello al descubierto de una manera vergonzosa

¹⁹ VARIOS, *El vi a l'Antiguitat. Economia, Producció y Comerç al Mediterrani occidental. Actes I Coloqui d'Arqueologia Romana*, Barcelona, 1987.

(*Paed.* II, 32, 1). Dice que bebían a pequeños sorbos, exhibiendo la garganta como si quisieran descubrirla a los invitados, eructando como los hombres y los esclavos. Clemente no prohíbe beber en vasos de alabastro, abundantes en Egipto, sino el hacerlo exclusivamente en ellos (*Paed.* II, 33, 3), pero reprueba que las damas dejen al descubierto parte de su cuerpo, excitando los deseos de los hombres y atrayendo sus miradas (*Paed.* II, 33, 4).

El segundo capítulo del libro II comienza con el simbolismo cristiano del agua y del vino (*Paed.* II, 19.3-20.1-1). Recomienda a los jóvenes abstenerse de beber vino, al que llega a calificar de droga, sin duda porque aquellos se acostumbraban a él y después eran incapaces de dejarlo. El *Eclesiástico* (31.30-42) afirma que el vino era necesario en los banquetes, pero que hay que consumirlo con moderación (también *Prob.* 23, 31-34). Beber vino es, para Clemente, echar fuego al fuego, según afirmó ya Platón (*Leg.*, II, 66c); siguiendo el pensamiento del filósofo (*Leg.*, 664 E), dice que estimula los instintos rastreros del hombre, los deseos inflamados y el ardor del temperamento. Enardecidos por el vino, los jóvenes se entregan a sus deseos hasta tal punto, que su mal se manifiesta a los ojos de todos en sus cuerpos. Cuando los órganos sexuales alcanzan su precocidad antes de tiempo, Clemente puntualiza bien los efectos malsanos que produce el vino en los jóvenes: los senos y los testículos se hinchan de sangre y de semen, anuncio de fantasías licenciosas. La herida del alma, inflama necesariamente el cuerpo; las palpitaciones obscenas suscitan una malsana curiosidad prematura.

A las personas de edades comprendidas entre los diez y ocho y los treinta años, les recomienda el autor cristiano (*Paed.*, II, 21.2-22.1-2) moderación, la misma que a los mayores, aunque estos puedan beber mayor cantidad (*Paed.*, II, 22.3-4).

Clemente concluye señalando en este mismo apartado, los peligros del vino: acepta la teoría de un médico contemporáneo de Augusto, autor de un tratado *Sobre la longevidad*, de que es necesario beber vino para humedecer los alimentos y considera que el vino es sólo un medio para tener buena salud, para el esparcimiento y la diversión. Sigue Clemente la opinión de Platón (*Leg.* I, 694 A) de que el que bebe vino se vuelve de mejor humor, encantando a sus invitados y a los domésticos y volviéndose más cariñoso hacia sus amigos. En cambio, si se bebe vino en exceso, el individuo se torna más violento. Recomienda, en este sentido, seguir la costumbre griega (Athen., II, 336A) mencionada por Pablo (1 *Tim.* 5, 23) de mezclar vino con agua. Trimalción (*Petr. Sat.*, 64) también mezclaba el vino con agua.

Clemente acepta también la teoría aristotélica (*Probl.* III, 872-18-12; 874-5-10) de los efectos del vino consumido sin medida: traba la lengua, hace caer los labios, vuelve la mirada estraviada y provoca vómitos, hipo y delirio. Recomienda que —en ese ambiente— los asuntos serios queden aplazados, como ya observó Arquias (*Plut. Petop.* 10; *Quaest. Conv.* I, 619 D).

BANQUETES

El capítulo cuarto del libro II del *Pedagogo*, está dedicado al comportamiento en los banquetes. En él se recogen detalles muy curiosos de cómo se desarrollaban. Comienza (*Paed.* II, 40.1) mencionando las fiestas nocturnas acompañadas de música, que son propicias para las borracheras y excitaban las pasiones prohibidas; los banquetes se amenizaban, en efecto, con flautistas (*Petr., Sat.*, 28) y cantores (*Sat.* 31, 47); también los esclavos cantaban mientras ejecutaban sus ofrendas en los banquetes (*Sat.*, 31). Menciona Clemente todo el acompañamiento musical de estos banquetes, que consistía en flautistas, salterios, coros, danzas, crótalos egipcios y otras diversiones parecidas, como címbalos y tímpanos (*Paed.*, II, 40.2). También los cantores son mencionados con frecuencia en la «cena de Trimalción» (*Sat.*, 33, 36), así como los danzarines (*Sat.*, 36), orquesta y coro de cantores (*Sat.*, 34), acróbatas (*Sat.*, 53) y flautistas (*Sat.*, 28). A una señal de la orquesta, el coro de cantores retiraba los aperitivos (*Sat.*, 34). Los danzarines al son de la música quitaban la tapa superior del repositorio (*Sat.*, 36). La mesa se limpiaba al son de la música (*Sat.*, 47). Aquiles Tacio (1.5.4-5) confirma que en los banquetes se cantaba. en un sarcófago del Museo Vaticano se representa una escena de banquete, con la esposa tocando un instrumento musical.

Siguiendo a Platón (III 299D), descarta el uso de la siringa, que es propia de pastores, y el del aulós, instrumento de hombres supersticiosos dedicados al culto de los ídolos. Como razón aducida para eliminar estos instrumentos musicales, Clemente recuerda que los ciervos se amansan con el sonido de la siringa mientras los cazadores les dirigen, mediante la melodía, hacia las redes; por otra parte, dice que las yeguas se aparean, como si se tratara de un matrimonio, al son del aulós.

Clemente es contrario al uso de espectáculos de todo tipo durante los banquetes, así como a que se escuchen deshonestidades, debiendo evitarse todo placer de los ojos y de los oídos, que los afemine. En la cena de Trimalción se mencionan varios tipos de espectáculos: juego de tablero (*Sat.*, 33), danzarines (*Sat.*, 36), perros cazadores (*Sat.*, 40), acróbatas (*Sat.*, 53), lectura de poesías (*Sat.*, 34, 47, 55), aro que desciende del artesonado (*Sat.*, 60), homeristas (*Sat.*, 59), diversos juegos (*sat.*, 73), trompetistas que interpretan una marcha fúnebre (*Sat.* 78), etc. Los instrumentos musicales son, en su opinión, propios de la guerra: así los etruscos tocaban la trompa, los arcadios la siringa, los sicilianos el harpa, los cretenses la lira, los espartanos el aulos, los tracios el cuerno, los egipcios el tímpano y los árabes el címbalo. La razón por la que estos instrumentos son propios de la guerra es la siguiente (*Paed.*, II, 40.1): el hombre es pacífico por naturaleza, pero aquellos que tienen otras preocupaciones que la paz, inventan instrumentos musicales guerreros para inflamar el deseo del amor o excitar la cólera.

En los banquetes se cantaban melodías amorosas que, mediante la inflexión de los tonos, corrompían y llevaban a la molicie y otras cromáticas que conducían a excesos sin pudor de bebedores de vino. Clemente contrapone (*Paed.*, II, 44, 3) la música de los banquetes de los antiguos griegos a la de los convites de entonces. Durante la celebración de los banquetes, en el momento en que las copas estaban llenas de licor, se cantaba el himno escolio a una sólo voz ²⁰.

El arte romano conserva representaciones de banquetes. Tres de ellas representan seviros, a juzgar por el número de comensales: proceden de Aminternum, Este y Saepinum. Los tres son de carácter fúnebre y se fechan a finales del s. I ²¹. Del s. III se conocen varias pinturas de las catacumbas cristianas de Roma que indican bien cómo eran dichos banquetes; son las de la Catacumbas de San Calixto, Capilla de los Sacramentos; Catacumba de Priscilla, Capilla griega y Catacumba de los SS. Pedro y Marcelino, Sala del tricliniarca ²².

Apuleyo, entre los años 160 y 180, describe (*Met.*, II, 18, 3-5) el servicio de una rica dama que no debía ser muy diferente a los banquetes a los que alude Clemente: «camareros bastante numerosos, espléndidamente uniformados, partían los manjares y servían con gracia los abundantes platos; unos jovencitos de rizada cabellera (que ya se documentan en época republicana) y de elegante túnica, ofrecían continuamente vino rancio en piedras preciosas vaciadas para servir de copa. Ya se traen las luces: la conversación se anima. entre los comensales se multiplican las risas, los chistes y las bromas de buen gusto».

EL USO DEL MOBILIARIO DE LUJO

En el tercer capítulo del libro II, Clemente alude al mobiliario y a los objetos de lujo que usaban los ricos alejandrinos y que, como cristiano, rechaza. Menciona, siguiendo a Ateneo, copas de oro y plata también citadas por Musonio Rufo (XX p. 110, 5-6 H) con incrustaciones de piedras preciosas; las copas de Théricles, recordadas por Ateneo (XI, 472B) que reciben el nombre de un famoso artesano que trabajó en Corinto; copas Antigónidas, así llamadas por haberlas usado los reyes de dicha dinastía;

²⁰ Ya en el arte etrusco del tercer cuarto del s. IV a. C., el banquete se representa en la Tumba de los escudos, en la necrópolis de Monterozzi en Tarquinia; es el banquete de Raunthu Aprthnai y su esposo Velthur Velcha, reclinados en una *Kliné*, amenizada la comida por un citarista y un tocador de aulós (M. SPRENGER, G. BARTOLINI, *The Etruscan, Their History, Art and Architecture*, Nueva York, 1977, fig. 219).

²¹ R. BIANCHI BANDINELLI, *Roma. El centro del poder*, Madrid, 1970, 67 ss., figs. 75-77.

²² A. GRABAR, *El primer arte cristiano (200-395)*, Madrid, 1967, 107, figs. 105; 113, figs. 110-111; R. BIANCHI-BANDINELLI, *Roma, el fin del arte antiguo*, Madrid, 1971, 68, fig. 61, de época de los Severos.

cántaros, es decir, grandes copas con dos asas; copas de forma de concha y otros muchos objetos de este tipo. Clemente se inspira en este catálogo de vasos preciosos en la lista confeccionada por Ateneo.

A continuación Clemente menciona varios vasos de vidrio para beber (*Paed.*, II, 35, 3), objetos de plata como lebrillos, tazones, platos, utensilios de oro y plata para usar en la mesa, trípodes con apliques de hojas de cedro y de madera olorosa de ébano y marfil, clavos de oro, mantas teñidas de púrpura y colores exóticos, objetos todos ellos que —para el autor cristiano— eran de mal gusto, afeminaban a la gente y eran motivo de envidia.

A los ricos les entusiasmaban las vajillas de plata, decoradas con figuras mitológicas, según Petronio (*Sat.*, 5, 2), quien en su novela menciona algunas bandejas, utilizadas en los banquetes, de 200 libras de peso (*Sat.*, 59), lebrillos de plata (*Sat.*, 70), mesas de plata macizas (*Sat.*, 73), jaulas de oro (*Sat.*, 28), una naveta de oro no pequeña (*Sat.*, 29) y parrillas de plata (*Sat.*, 31).

Otros objetos de vajilla mencionados por Petronio son: una plumilla de plata para mondar los dientes, una bandeja (quizás también de plata) de gran tamaño, una cuchara de media libra de peso (probablemente también de plata) (*Sat.*, 32) y una fuente redonda con los doce signos del zodiaco (*Sat.*, 35).

Apuleyo (*Met.*, II, 19, 1-2) menciona en el banquete de una dama aristocrática, mesas lujosas resplandecientes por el marfil, lechos cubiertos con tejidos de oro, grandes copas de un arte tan variado en su elegancia como único en su calidad, vidrio artísticamente tallado, cristalería sin el menor defecto, plata reluciente, oro deslumbrante, ámbar maravillosamente vaciado y piedras para beber.

En la vajilla de Heliogábalo figuraban hervidores, ollas y vajillas de plata (algunas talladas con relieves deshonestos) que pasaban de las 200 libras (SHA, *Heliog.*, 19, 3) y de peso.

La confirmación de cuanto nos dice Clemente viene dada por una serie de tesoros de vajillas de plata, como los de Boscoreale, compuesto por un centenar de objetos que pesan 91'5 libras²³, el de la casa de Menandro en Pompeya; el de Hildesheim; el de Berthouville; el de Hoby²⁴, todos ellos de época augustea o los de Kaiseraugust (compuesto por más de setenta piezas y 122 libras de peso), fechado en el siglo IV²⁵; de la Gallia (del siglo III); de Seuso (datado entre los siglos IV y V)²⁶; del Esquilino (del

²³ R. BARATTE, *Le trésor d'orfèvrerie romaine de Boscoreale*, Paris, 1986.

²⁴ A. GARCÍA Y BELLIDO, *Arte Romano*, Madrid, 1972, 232 ss. figs. 349-373; A. MAIURI, *La Casa del Menandro e il suo tesoro di argenteria*, Roma, 1933.

²⁵ F. BARATTE, K. PAINTER, *Trésors d'orfèvrerie gallo-romains*, Paris, 1989.

²⁶ M. MUNDELL, «Un nouveau trésor (dit de «Seuso») d'argenterie de la Basse Antiquité», *CRAI* 1990, 1, 238 ss.

siglo IV)²⁷; de Corbridge y de Mildenhall²⁸ (datado en el s. IV). respecto a los objetos de vidrio, Clemente alude probablemente al vidrio tallado, a cuya técnica pertenece el célebre vaso Portland (hoy en el British Museum), el llamado vaso azul de Pompeya (con erotes vendimiando)²⁹, etc. Aquiles Tacio (3.1-2) menciona en un banquete una jarra para servir vino, tallada en cristal de roca, que seguía en valor a la cratera de plata, obra de Glauco de Quíos, mencionada por Herodoto (1.25). Unos zarcillos de vid, plantados en la vasija, formaban una corona. Por todos los lados colgaban racimos, que al verter vino se volvían maduros. Cerca de los racimos estaba tallado Dioniso.

Clemente denuncia también (*Paed.*, II, 35, 4) a las mujeres que van maquilladas a las procesiones, de belleza espléndida pero miserables en el interior. H.I. Marrou³⁰ y M.G. Bianco³¹ consideran que Clemente debe aludir a las procesiones isíacas bien descritas en el *Asno de oro* de Apuleyo (XI, 8 ss.). Una de las fiestas que herían más la sensibilidad de los romanos, por lo chocante, fue la que Heliogábalo celebró en Roma en honor de su dios Elagabal (Herod., 5, 8-10).

En su denuncia del lujo Clemente se apoya, además de en los textos de la *Sagrada Escritura* (como Math. XIX, 21; Marc., X, 21; Luc., XVIII, 22, etc.), en la afirmación de Platón, quien en *Leg.* VII, 801 B recomienda no tener objetos de oro y plata. El criterio que ha de regir en la selección de los objetos es el de la utilidad y no el del lujo (*Paed.*, II, 37). Todavía en este capítulo menciona Clemente otros objetos más fabricados en metales preciosos, lo que indica claramente el grado de lujo desmedido al que había llegado parte de la sociedad alejandrina; así, por ejemplo, se usaban orinales de plata y vasos de vidrio para las deyecciones. Las mujeres ricas, nos dice el autor cristiano (*Paed.*, II, 39.2), que con frecuencia carecían de inteligencia, se hacían fabricar vasos de oro para depositar los excrementos. Petronio en su *Satiricón* (27) menciona dos veces los orinales de plata.

LA RISA

El capítulo quinto de la obra está consagrado a la risa. Clemente define al hombre, siguiendo a Aristóteles (*de anim. membr.* III, 673 a 8), como animal capaz de reír (*Paed.*, II, 46, 2). en este capítulo de su obra alude Clemente a la existencia de bufones (*Paed.*, II, 45, 2) así como a los aspectos ridículos que tenían los devotos en las procesiones (*Paed.*, II, 5, 3).

²⁷ K. SHELTON, *The Esquiline Treasure*, London, 1981.

²⁸ J.M.C. TOYNBEE, *Art in Britain under the Romans*, Oxford, 1964.

²⁹ A. GARCÍA Y BELLIDO, *op. cit.*, 246 ss., figs. 381-385. sobre vajillas, véase A. DOSI, E. SCHNELL, *Pasti e vasellane da tavola*, Roma, 1992.

³⁰ *Le Pédagogue* II, 78 nota 4.

³¹ *Op. cit.*, 311, nota 121.

CONVERSACIONES OBSCENAS

Debía ser frecuente en la alta sociedad alejandrina, tratar temas escabrosos, pues a este punto consagra Clemente el capítulo sexto del *Pedagogo*. Comienza recomendando evitar el lenguaje obsceno y frenar a los que así hablan con una mirada severa o volverla hacia otra parte (*Paed.*, II, 49, 1). Recomienda por tanto, no sólo no decir obscenidades, sino abstenerse de oír cosas torpes, contarlas o verlas, así como no describir ciertas partes del cuerpo y de mantenerlas secretas (*Paed.*, II, 51, 1).

Clemente puntualiza que lo obsceno no se refiere a los órganos sexuales, ni a las relaciones amorosas; para expresar todo esto existen ciertas palabras que generalmente no se emplean. El alejandrino afirma que los miembros del cuerpo humano, sus nombres y su uso, no son torpes y que incluso los órganos sexuales son dignos de respeto y no de vergüenza, lo cual pone de manifiesto el amplio criterio del autor (*Paed.* II, 52, 2). Sólo es torpe, censurable y digno de castigo, su uso contra la ley.

Clemente menciona los temas obscenos que tratan los alejandrinos en sus conversaciones como era contar adulterios, escenas de pederastia, etc. En este mismo capítulo Clemente transmite un dato interesante: cuando los jóvenes luchaban se defendían las orejas con unos artilugios mencionados ya por Senócrates (fr. 96) y por Plutarco (*Mor.*, 38 B).

CONSEJOS PARA VIVIR EN COMPAÑÍA

En el capítulo VI, Clemente da algunos consejos para vivir en compañía: en él se dan a conocer algunas costumbres —y vicios— de la sociedad rica alejandrina. Comienza refiriéndose a las burlas que se vertían contra los alejandrinos de su tiempo. Herodiano IV, 9, 2-3 escribe sobre el particular: «los alejandrinos, en efecto, sienten una cierta propensión natural a la chanza y a mordaces comentarios casi caricaturescos o chistes, y dirigen contra los poderosos frecuentes pullas, que a ellos les parecen graciosas pero que resultan molestas a los afectados, a quienes irrita sobre todo lo que pone en evidencia la verdad de sus faltas. Imaginaron, por tanto, numerosas burlas sobre el emperador, que hacían referencia al asesinato de su hermano y a su vieja madre, a la que llamaban Yocasta, y le ridiculizaban también porque, siendo un hombre pequeño quería imitar a Alejandro y Aquiles, que eran héroes muy fuertes y de gran estatura. Aunque los alejandrinos no les daban mayor importancia, todas aquellas bromas forzaron a Antonino, cuyo temperamento era colérico y sanguinario, a tramar contra ellos su plan de perdición».

Clemente cree que las burlas vienen motivadas por un exceso de vino; eran burlas frecuentes en los banquetes en los que se veían cosas inconve-

nientes, se oían temas obscenos o se presenciaban escenas escabrosas. Todo ello, según Clemente, contribuye en los jóvenes a avivar los deseos deshonestos, a aumentar la inestabilidad propia de la juventud y a encender su disposición a la unión amorosa.

En estos banquetes en los que el vino era causante de la gran libertad en los temas de conversación, y los invitados perdían con frecuencia la cabeza, asistían damas casadas que se encontraban, pues, en un gran peligro (*Paed.* II, 54, 1), si bien Clemente admite que, en determinadas ocasiones, aquellas pueden participar en los convites. En estos casos deben hacerlo cubriendo enteramente su cuerpo con un manto; también recomienda a los jóvenes, no cruzar las piernas, ni poner un muslo sobre otro, ni la mano en la barbilla.

Otro consejo que ofrece el escritor de Alejandría es levantarse pronto de la mesa. Admite que los viejos puedan hacer bromas, alguna vez, con los jóvenes lo que, como ya se ha indicado, era un rasgo notorio del carácter de los alejandrinos. Considera que hablar con voz suave era propio de carácter afeminado (*Paed.* II, 59, 1).

Sin duda una de las características de Clemente —a juzgar por los consejos que da— fue el de la moderación. En su obra utiliza continuamente los pensamientos de los autores paganos, como cuando escribe que el silencio es una virtud de las mujeres (*Paed.* II, 58, 1; *Soph. Ajax* 293).

H.I. Marrou³² señala que todos estos consejos se inspiran en una moral aristocrática, ya que el *Pedagogo* se dirige a las gentes ricas de la sociedad alejandrina (II, 60, 1-5). Tampoco tiene escrúpulos en descender a consejos muy crudos, como recomendar que, a imitación de los asnos y bueyes, no se coman y hagan las necesidades a un tiempo; si se eructa o estornuda por necesidad, los ruidos no deben alcanzar al vecino: ha de hacerse calladamente. También se han de evitar los gestos de la boca, como las máscaras trágicas que la alargan y la abren en toda su extensión. Es menester mantener el aliento de modo que las mocosidades pasen desapercibidas y se expulsen por la fuerza del aire.

Siguiendo a Teofrasto (*Caract.* 19), considera Clemente señal de intemperancia y mala educación, aumentar el ruido en vez de evitarlo. También denuncia la costumbre de meterse los dedos en los oídos, sangrarse, etc. La razón que esgrime para tal prohibición es un tanto chocante: todo ello conduce desenfrenadamente a la fornicación. Recomienda, por el contrario, que las torsiones y movimientos del cuello sean lentos, al igual que los de la mano durante la conversación. Por último Clemente concluye este párrafo recomendando a los cristianos calma, tranquilidad, serenidad y paz.

³² *Le Pédagogue* II, 121, nota 7.

EL USO DE PERFUMES Y CORONAS

El uso de perfumes y coronas³³ estaba muy extendido en la alta sociedad alejandrina a juzgar por los datos que recoge Clemente; al tema consagra el capítulo octavo del libro II del *Pedagogo*.

Comienza (*Paed.* II, 61-63) recordando algunas citas extraídas de las *Sagradas Escrituras* sobre el uso de perfumes y coronas, pasando a continuación (*Paed.* II, 64) a recoger diferentes opiniones de autores griegos sobre su empleo; las primeras de éstas pertenecen a Arístides, un filósofo cirenaico de vida disoluta (*Diog. Laer.* II, 76), y a Simónides (fr. 16).

En la lista de diferentes clases de perfumes que nos ofrece, Clemente sigue a Ateneo (XV, 686-691). Menciona el brenthión, al que la poetisa Saffo calificaba de «perfume real» (fr. 93.20); el metallión, llamado así por el nombre de su descubridor; el perfume usado por los reyes persas (*Plin., NH* 13, 8); el plangomión, llamado así en honor de una dama de nombre Plan y el pagdas, procedente de Egipto. También los obtenidos de la azucena, del nardo, de las rosas y otros parecidos que las mujeres usaban en tiempos de Clemente. Los perfumes citados eran empleados, pues, por las ricas damas de Alejandría. Podían ser húmedos y secos; unos eran polvos y otros se quemaban. Petronio (*Sat.*, 60) informa que el perfume se guardaba en vasos de alabastro.

Clemente dice que cada día se inventaban nuevos perfumes para uso femenino ante los deseos insaciables que las mujeres tenían de ellos y que, en su opinión, ponían de manifiesto una absoluta falta de gusto. Los perfumes se empleaban para todo, pues las mujeres mojaban o rociaban con ellos sus vestidos, sus colchas, sus casas y —añade Clemente— poco faltaba para que no se perfumaran los orinales. Los ricos también se lavaban las manos con perfumes (*Petr., Sat.*, 47) y se perfumaban durante los banquetes (*Sat.*, 48); a los comensales se les ungían los pies con ungüentos perfumados y se les entrelazaban los muslos y tobillos con guirnaldas de flores (*Sat.*, 70). Apuleyo (*Met.*, X, 21, 1-4) nos dice que las damas de su tiempo se perfumaban con aceite todo el cuerpo para estimular los deseos amorosos del varón. También se usaban ungüentos perfumados en la depilación (*SHA Heliog.*, 31, 7).

Clemente, al igual que Plinio (*NH* XIII, 9), cree que el uso de los perfumes es síntoma de vida muelle. El escritor cristiano a prueba (*Paed.*, II, 65) el proceder de los espartanos, quienes eran contrarios a dicho uso y deserraban fuera de la ciudad al que fabricase perfumes, ungüentos, lanas tintadas de color, etc. (*Her.*, III, 22; *Athen.*, XV, 686 F-687). Clemente con-

³³ P. VIRGILI, *Acconciature e maquillage*, Roma, 1989 con abundante bibliografía. En un relieve del s. III, hoy conservado en el Museo della Civiltà Romano de Roma, se representa un tocado de una dama ante un espejo, acompañada de sirvientas (Cfr. V. ZUISERTINA, *La femme en Grèce et à Rome*, Leipzig, 1972, 100).

firma que, además de las mujeres, también los hombres se perfumaban; sin embargo, más adelante (*Paed.*, II, 66, 1) admite el uso de perfumes por aquéllas cuando es para agradar al marido.

El uso indebido de perfumes es considerado por el escritor cristiano propio de los funerales. Clemente recoge en este sentido una creencia antigua, mencionada ya por Aristóteles (*De adm.* 147 p. 845 a 35 ss.), Teofrasto (*de caus. plant.*, VI, 5, 1), Plutarco (*Non posse suav.* 1096 A) y Sexto Empírico (*Hypost.* I, 55): el rechazo de los perfumes por los buitres y los escarabajos; estos últimos se morían si e les untaba con perfume extraído de las rosas. Posteriormente señala el autor alejandrino el uso del aceite contra las abejas y los insectos en las batallas y en los estadios.

Clemente cree que el aceite afemina los hábitos viriles y conduce a la lujuria; admite su uso para engrasar la piel, relajar los nervios, quitar el mal olor del cuerpo cuando éste es ya molesto y para el masaje de los atletas. En época de Plinio el Viejo (XV, 8) el aceite de mejor calidad lo producía Italia rivalizando luego las tierras de Histria y de la Bética; ésta llegó a exportar aceite a Alejandría³⁴.

Concluye este párrafo Clemente afirmando que los bueyes que no pueden ser conducidos por el collar y no se controlan a sí mismos, son llevados por los humos olorosos, por los perfumes y por el buen olor de las coronas.

Siguiendo a Plutarco (*Quaest. conv.* III, 1 645F) admite Clemente el uso de los perfumes cuando se trate de una utilidad vital, aceptando que hay buenos olores que no excitan las pasiones ni la lujuria que podemos respirar, sin embargo, con moderación. Los perfumes pueden usarse también como medicina, contra los catarros, resfriados, náuseas, según recomendaba ya Alexis (fr. 190). Los pies pueden recibir friegas con pomadas obtenidas con perfumes, que los recalientan o enfrían. Clemente establece una clara distinción entre perfumarse y untarse con perfumes; en el primer caso el varón es un afeminado, mientras que el segundo lo hace por necesidad. Heliogábalo (*SHA. Heliog.* 24, 1) perfumaba las piscinas con esencias de rosas en las que se bañaba, ofreciendo a sus invitados caldarios aromatizados con dardo; y también alimentaba las lucernas con bálsamo en lugar de aceite.

Aquiles Tacio (2.15.2), cuyo testimonio es importante por ser un autor alejandrino —su obra posiblemente se fecha a finales del s. II— menciona que las mujeres de Tiro, que asistían a un sacrificio, iban muy perfumadas y llevaban coronas de flores de toda suerte en las cabezas. Los perfumes eran de olor a canela, a incienso y a azafrán, y las flores narcisos, rosas y mirtos.

El escritor cristiano señala que las damas más extravagantes se tiñen

³⁴ E. LYDING WILL, «Exportation of olive oil from Baetica to the Eastern Mediterranean» en *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad. II Congreso Internacional*, Madrid, 1983, 391 ss.

los cabellos grises y los perfuman; pero advierte que los cabellos se vuelven más grises aún, pues los perfumes los resecan y quienes los usan tienen la piel más seca. Los cabellos blancos son consecuencia de la sequedad del pelo, ya que ésta absorbe el alimento propio del cabello, privándole del color. En estas observaciones Clemente sigue a Aristóteles (fr. 235 Rose) y a Ateneo (XV 692 BC). Aquiles Tacio en su *Leucipa y Clitofonte* (2.38.2) indica que la belleza femenina se debe a los ungüentos, a los perfumes, al tinte del pelo o a los potingues. También sabemos que el emperador Cómodo «se teñía la cabellera y la abrillantaba con polvillo de oro» (*SHA, Comm.* 17.3). Herodiano dice que Heliogábalo se presentaba en público maquillado como una mujer (V, 8, 1), con los ojos pintados y carmín en las mejillas (V, 6, 10).

En la segunda parte de este capítulo, Clemente trata del uso —muy extendido entre los alejandrinos— de las coronas (*Paed.*, II, 70). Coronas de oro se colocaban en su cabeza los comensales de Trimalción (*Sat.*, 60). El apologista cristiano Tertuliano (*de corona* 1) recuerda que ponerse una corona en la cabeza va contra la tradición cristiana, por ser una costumbre pagana a la que relaciona con la idolatría. Se inspira este autor en el *de coronis* de Claudio Saturnino, una obra sobre los orígenes, clases y ritos de las coronas. Petronio (*Sat.* 50) informa sobre el uso de coronas de plata durante los banquetes, ceñidas incluso por los cocineros como premio a su trabajo. Los comensales las llevaban de oro (*Sat.* 60) y alguna vez los bufones (*sat.* 65). Herodiano (II, 14.1) nos dice que los habitantes de roma se ponían coronas de laurel para recibir a Septimio Severo.

Considera el alejandrino una buena costumbre ir en primavera a las praderas llenas de rosas para gozar del aroma natural, pero censura, por el contrario, trenzar una corona de flores escogidas en el campo o llevarlas a casa. Las coronas se confeccionaban, según puntualiza Clemente, de capullos de rosas, violetas, azucenas, etc., desflorando la primera vegetación de la primavera. Clemente cree que las coronas enfriaban las cabelleras y como el cerebro es frío, según muchos autores (Arist., *De part. anim.*, 652 a 28; Hipócrates, *De Cam.* I, 427; Pljn., *NH XI*, 133), los médicos recomendaban ungiarse con perfume el pecho y la punta de la nariz para que la exhalación recaliente el cerebro (Plut., *Quaest. conv.* III, 647 E).

Clemente se fija en multitud de detalles que describe con minuciosidad. Señala que algunas personas llevaban la corona sobre los ojos y no podían ver, ni gozar del perfume de las flores. Establece (*Paed.*, II, 71, 2-5) una distinción —siguiendo a Plutarco, *Mor.* 647A-648A— entre las distintas clases de flores: unas son útiles, otras dañinas y peligrosas, etc. Así, la hiedra resfría, el nogal adormece profundamente, el narciso produce un olor pesado y embota los nervios, etc. Las exhalaciones de rosas y de violetas aminoran la pesadez de cabeza; el azafrán y la flor de alheña producen un sueño tranquilo; otras muchas reducen los excesos de secreciones de la cabeza, etc. Este párrafo parece estar copiado de Plutarco, pero posiblemente se

conocían en Alejandría el uso de ciertas flores para los fines que indica Clemente.

Como en otros temas, el escritor cristiano examina el uso de la corona entre los griegos, recogiendo diferentes testimonios. Para Clemente (*Paed.* II, 72-73), la corona es símbolo de falta de preocupaciones; de aquí que se coronase a los muertos y a los ídolos que no existen. Con este motivo, Clemente ofrece un dato interesante sobre los cultos dionisiacos: Las bacantes celebraban sus orgías sin coronarse, pero después de ceñirse con flores se acercan al misterio. Concluye este capítulo refiriéndose nuevamente al buen uso de los perfumes (*Paed.* II, 76), que no rechaza en bloque ya que admite que son buenos en medicina, y vuelve a enumerar las propiedades curativas de algunas flores: el aceite de azucena (extraído de las azucenas llamadas *Krinoi* y *leiria*), caliente, hace salir y disipa los humores y humedece la bilis (Plin., XXI, 127; XXIII, 95); el aceite de narciso presta los mismos servicios que el anterior (Plin., XXI, 129); el aceite de mirto (compuesto por bayas y hojas de mirto), es astringente y retiene los gases del cuerpo (Plin., XXIII, 87, 159-164), etc. Somos de la opinión de que los aceites extraídos de todas estas flores se aplicaban ya en la farmacopea alejandrina, aunque Clemente los recomienda apoyándose en el testimonio de escritores famosos.

EL SUEÑO

Clemente dedica dos nuevos capítulos del *Pedagogo* a tratar diferentes aspectos de la gente rica de Alejandría, comenzando por el tema del sueño. (*Paed.* II, 77-82). Recomienda ante todo que después de cenar y antes de acostarse, se agradezcan a Dios los bienes recibidos durante el día, pidiendo la protección del *Logos* durante el sueño.

Los cristianos concedieron gran importancia a la oración, escribiendo varios tratados sobre ella como el de Tertuliano, redactado entre los años 198 y 200 y dirigido a los catecúmenos. Arístides, en su *Apología* dirigida al emperador Adriano, afirma que los cristianos dan gracias a Dios continuamente.

Pasa luego a describir tanto el mobiliario del dormitorio³⁵ como el atuendo para dormir que no debería usarse: ricas colchas, alfombras bordadas en oro, tapices de Persia fabricados con hilos de oro, largos camisones pintados de púrpura, telas de ricos colores, cortinas, lechos «más suaves que el sueño», etc.

Aunque este párrafo tiene resonancias homéricas (*IL.*, XXIV, 644-646;

³⁵ G. RICHTER, *Ancient Furniture. A History of Greek, Etruscan and Roman furniture*, Oxford, 1926.

Od., IV, 297-299; VII, 336-338) no cabe duda de que la descripción respondía al lujo en el mobiliario de las alcobas de aquella época. Heliogábalo es el primer ciudadano conocido que usó cubrecamas con adornos, prefiriendo las camas con pelusas de liebre o cabezas de perdiz (*SHA, Heliog.*, 19, 9). Apuleyo (*Met.*, 10, 20, 2) menciona las alfombras bordadas en oro y púrpura, cojines de pequeño tamaño, etc., que empleaban las mujeres para mullir sus mejillas y sus nuca.

Clemente recomienda un colchón plano (*Paed.* II, 77, 3) y menciona camas con patas de plata y placas de marfil. el escritor no prohíbe este mobiliario, pero tampoco lo recomienda, apoyado en los ejemplos de Diomedes (*Il.* X, 155), de Odiseo (XXIII, 195-200) y de Jacob (*Gen.*, 28, 11-19).

Aquiles Tacio (2.19.3-4) describe el gineceo de una casa rica, descripción que debía estar tomada del natural, y que quizás sea igual en las casas de Alejandría, por ser este novelista oriundo de la ciudad y describirla, así como el Delta del Nilo, en su obra. El gineceo ocupaba un amplio sector de la casa, con cuatro habitaciones, dos a cada lado, y en medio un pasillo con una sola puerta de entrada al comienzo del corredor. Las alcobas de la parte interior las ocupaban la madre y la hija, y las dos exteriores las sirvientas. La madre cerraba por dentro la puerta del pasillo por la noche.

LA PROCREACIÓN DE LOS HIJOS

A este tema dedica Clemente el capítulo X de su *Pedagogo*. comienza asentando el principio de que el fin del matrimonio es tener hijos buenos y bellos; la idea está tomada de Musonio Rufo (XII, p. 662) y no tiene apoyatura en el *Nuevo Testamento*. En el libro judío por excelencia que canta el amor humano (y que, como indica Josefo y Teodoro de Mopsuestia, no admite el sentido alegórico que le dieron judíos y cristianos), obra del s. V o IV a.C., no se alude a la procreación como fin del matrimonio.

Como indica H.I. Marrou ³⁶, el alejandrino distingue —siguiendo a los estoicos entre meta y fin y éste sería tener buenos y bellos hijos. Condena el *Pedagogo* (II, 83, 5) la pederastia, siguiendo la carta del Ps. Bernabé (10, 6-7), prohibición en la que insiste poco después (*Paed.* II, 86.2; II, 89.1). Clemente aconseja (*Paed.* II, 87.3) desechar las relaciones contra la naturaleza, las uniones estériles, la pederastia y las pseudo-uniones de andróginos. En este aspecto —como en otros muchos— sigue los principios de la moral estoica.

³⁶ *Le Pédagogue* II, 164, nota 1.

La homosexualidad, a la que fueron tan dados los griegos ³⁷, es condenada por Clemente (*Paed.* II, 88.3-89.1), apoyándose en el testimonio de Pablo (*Rom.*, 1, 26-27). También fue practicada por los emperadores romanos contemporáneos de Clemente; baste recordar a Cómodo (*SHA, Comm.*, 5, 4) y a Heliogábalo (*SHA, Heliog.*, 5, 3), quien andaba detrás de jóvenes a los que luego llevaba a palacio, así como de gentes del teatro y anfiteatro con buenos cuerpos (*SHA, Heliog.*, &, 4; 8, 5). La homosexualidad estaba en realidad muy extendida entre todas las capas sociales, como nos dice Apuleyo (*Met.*, 8, 3-4; 9, 28, 1). En el *Satiricón* y en el *Asno* de Apuleyo aparecen frecuentemente homosexuales. En la novela de Aquiles Tacio, un griego alejandrino, titulada *Leucipa y clitofonte* (2.35-38), se alaba el amor homosexual sobre el heterosexual, tema ya abordado por otros autores, como Plutarco (*Amat.* 3-9) o Luciano de Samotracia (*Amor* 25). Aquiles Tacio (1.2-8) enumera una serie de calamidades ocasionadas por las mujeres bellas, «pues es el placer que nos dan las mujeres una desgracia y es bien semejante al de la naturaleza de las sirenas, pues también ellas asesinan con el deleite de su canto». La cultura greco-romana fue en gran parte una cultura de homosexuales. Baste recordar que Sócrates, Platón, Aristóteles, Alejandro Magno o César lo fueron. Los jóvenes tenían grandes posibilidades de practicar la homosexualidad en los gimnasios, en opinión de Horacio. Séneca, el filósofo, no rechazó la homosexualidad, como tampoco Crisipo. Sí lo hizo Epicteto. En realidad lo que se dio en la Antigüedad fue la bisexualidad. Roma no rechazó la homosexualidad hasta el siglo III.

También condena Clemente, siguiendo la ley mosaica (*Exod.* XX, 14; *Deuter.*, V, 18), la fornicación, el libertinaje, el adulterio y la prostitución de los jóvenes. No acepta (*Paed.*, II, 92.1), siguiendo al *Levítico* (XVIII, 19), que se tengan relaciones sexuales con la esposa durante la menstruación, ni cuando aquélla está encinta. Según Marrou ³⁸, estas últimas prescripciones son de origen estoico y fueron recibidas por Clemente a través seguramente de Filón de Alejandría y que pasaron después a los apologistas cristianos: Atenágoras (15, 4, 6) y Aristides (XXXIII, 1). Más adelante (*Paed.*, II, 95, 3), Clemente prohíbe aquellas uniones que no sean para tener hijos, así como las drogas abortivas (*Paed.*, II, 96, 2) (también citadas por Hipólito, *Philos.* 9, 12 como usadas por las mujeres cristianas en época del papa Calixto).

³⁷ K.J. DOVER, *Greek Homosexuality*, Londres, 1978; J. MERCADÉ, *Eros Kalos*, Ginebra, 1962; C. JOHN, *L'Eros nell'arte antica. Sesso o rimbolo?*, Roma, 1992. representaciones de *symplegma* mitológica o humana, de relaciones amorosas con animales: 127, figs. 111-115, dos de ellas del siglo III y otra con un caballo que recuerda la escena de teatro de la que se habla mas adelante: la última es con un mulo, animal dionisíaco, en una copa de figuras rojas del s. VI a.C. Uniones homosexuales se representan en copas romanas de plata, del cambio de era o de finales del s. I: cfr. figs. 107, 116.

³⁸ *Le Pédagogue* II, 178 nota 2.

La prohibición de las uniones que evitan los hijos es, quizá, una alusión al uso de los anticonceptivos, pero ello no es seguro, según el citado texto de Hipólito, usaban las mujeres de la alta sociedad romana. Ni H.I. Marrou ni M.G. Bianco, en sus respectivos comentarios al *Pedagogo*, aluden, sin embargo, a que este párrafo pueda aludir a los anticonceptivos.

Clemente (*Paed.*, II, 95, 3), fiel a la idea estoica de que el fin del matrimonio son los hijos, prohíbe también el matrimonio entre viejos, por no poder procrear. Los paganos aceptaron que el fin del matrimonio era la procreación. Baste recordar el testimonio de Luciano (*tim.* 17) y de Frontón (II *ad amicos* 1.12). Plinio el Joven reconoce en su obra (*Pan.* 26.5) que los matrimonios no quieren tener hijos frecuentemente. En lo que se refiere a la vida sexual, el escritor alejandrino sigue ideas de los autores paganos; así su prohibición de mantener relaciones sexuales con una mujer durante su menstruación, arranca ya del judío Filón (*Exp. Leg.* III, 6, 32), del médico Soranos de Efeso y de Plinio (*NH* VII, 15, 87). Fue una idea aceptada también por Orígenes y Jerónimo, quien en su *Comentario a Ezequiel* (18, 6), redactado hacia el año 400, escribe que si un hombre tiene relaciones amorosas con una mujer durante su menstruación, nacerán hijos leprosos e hidrocefalos. Cesareo de Arlés (muerto en el 542), sostiene por su parte, que estos nacerán leprosos, epilépticos o posesos del diablo e Isidoro (*Etym.* 11.1.141) (muerto en el 636) que la sangre de la menstruación hace que los frutos no germinen, las flores se marchiten, el hierro se enmohezca, el bronce se ennegrezca y los perros contraigan la rabia.

El augenismo, es decir, el estudio de los medios para asegurar una descendencia bella, del que habla Clemente, remonta a Platón, para quien la mejor edad para engendrar hermosos hijos se sitúa entre los 30 y 35 en el varón y los 16 y los 20 en la mujer. Aristóteles aconseja que las muchachas se casen a los 18 años y los hombres a los 37 o poco antes. Soranos considera que el mejor período para engendrar hijos es después de la menstruación³⁹.

³⁹ J.T. NOOMAN, *Contraception*, Harvard, 1965. Sobre la exposición de los hijos en Egipto en época imperial: J. CARCOPINO, «Le droit romain d'exposition des enfants et le Gnomon de l'idiologie», *Memoir de la Soc. Nat. des Antiq. de France*, 8, 1928, 55 ss. Sobre el estoicismo medio (Musonio Rufo y Séneca), cuyo influjo fue grande en las ideas cristianas, véase VARIOS, *Philosophie. Wissenschaften, Technik, 3. Philosophie (Stoizismus)*, ANRW II, 36.3, 1989. Sobre Filón de Alejandría que influyó igualmente mucho en la Iglesia Primitiva: VARIOS, *Religion (Hellenistisches Judentum in Römisches Zeit: Philon und Josephus)*, ANRW, II, 21, 1986.

Llama la atención que cuando Clemente reprende los vicios, el demonio no juegue ningún papel ya que tanto en el mundo persa como en el judío, como entre los neopitagóricos, Filón de Alejandría, Plutarco, Luciano, Apuleyo y Apolonio de Tiana (estos últimos contemporáneos de Clemente de Alejandría), jugó un papel fundamental. Cfr. F.E. Brenk, «In the light of the Moon: Demonology in the Early Imperial Period», ANRW, II, 16.3, 1986, 2068 ss.; J.B. Russell, *Il diavolo nel mondo antico*, Bari, 1989, al contrario de lo que sucederá en el cristianismo posterior: J. M. Blázquez, «La demonología de la Vida de Antonio de

Los anticonceptivos, que no se condenan expresamente en la revelación bíblica (como tampoco el aborto, ni la masturbación), fueron muy usados en la Antigüedad. Los menciona ya Aristóteles en su *Historia de los animales* (7, 3, 583a), Plinio en su *Historia Natural* (20, 51, 142-143; 24, 11, 18) y, principalmente, Soranos de Efeso, médico de la época de Trajano y Adriano, en su *Tratado de Ginecología* (1, 19, 61 ss.), citado por Tertuliano y alabado por Agustín. No se le escapó a la sagacidad de Aristóteles (*Polít.* 1265b) que el exceso de población llevaba a los pueblos a la miseria y que ésta no podía ser combatida más que con una baja natalidad mediante el uso de anticonceptivos.

Crisóstomo, que nunca sostuvo que el fin del matrimonio era tener hijos, en su comentario a la *Carta de los romanos*, condena ya el uso de anticonceptivos entre casados, lo que no había hecho antes la Iglesia, ni el masturbarse, que no se condenó en la Antigüedad. Muchas mujeres recurrían a sortilegios, filtros amorosos, brevajes y otros procedimientos análogos. En la Antigüedad prevaleció el criterio aristotélico de que el feto masculino recibe el ánima a los 40 días de la fecundación y el femenino a los 80 (teoría que aceptaría Agustín, *Ex.* 21, 80). Con este criterio no se puede hablar de asesinato en el caso de los anticonceptivos (*Hist. anim.*, 7, 3, 583), como acepta Jerónimo (*Ep.*, 124, 1), aunque en carta a Eustaquio (*Ep.* 22, 13) califica de asesinato el que las mujeres tomen anticonceptivos para permanecer estériles.

Filón de Alejandría (*Expos. Leg.* 3, 36; 3, 37-42) y Musonio Rufo fueron contrarios a los anticonceptivos, al aborto y la homosexualidad porque impedían la descendencia y, al igual que también los esenios consideraban ésta el fin del matrimonio. Los obispos de Roma en la Antigüedad no condenaron ni el aborto, ni la masturbación, ni el uso de anticonceptivos.

Algunas de las ideas de Clemente rebrotan en Agustín que utilizó mucho los anticonceptivos en su etapa maniquea (*Conf.* IV,2). Los maniqueos aceptaban el amor sexual, pero no querían tener descendencia para no poner en contacto el alma con la materia (cuerpo) que era demoníaca. Después de su conversión en el año 387, Agustín atacó ferozmente los anticonceptivos; el único método anticonceptivo usado por los maniqueos y el propio Agustín, es el hoy aceptado por la Iglesia católica.

La idea de Clemente de que un hombre casado pueda convertir en ramera a su esposa si no pretende tener hijos, pasó a Agustín quien en su *Contra Fausto* (15, 7) escribe que si se excluye la procreación, los esposos no son más que viles amantes, sus mujeres prostitutas y los lechos conyugales, burdeles. Dichas ideas no pueden ser sostenidas por un cristiano, si recordamos que, según Pablo (1 *Co.* 7, 2), el matrimonio es para satisfacer el

Atanasio, de Martín de Tours, de Sulpicio Severo, de Hilarión de Gaza, de Jerónimo, en la *Historia de Lausiaca*, de Palladio y en la *Vida de Melania de Geroncio*, en *Héroes, semidioses y daimones*, Madrid, 1982, 311 ss. En la vida de Pacomio, el fundador de los cenobios, el diablo interviene activamente.

amor carnal. Las teorías de Agustín sobre la sexualidad han sido demoleadoras para la Iglesia de Occidente hasta los tiempos actuales. Agustín insiste en su prohibición de los anticonceptivos en otros escritos, como en su *Matrimonio y concupiscencia* (1, 15, 17), donde dice que las mujeres que procuran venenos para hacerse estériles, se convierten en prostitutas de sus maridos y éstos en adúlteros de sus propias esposas. En *Lazos adúlteros* (II, 12), prohíbe al hombre mantener relaciones con su mujer si se impide la procreación y recuerda que éste fue el motivo por el que Onán fue castigado por Dios (*Gen.* 38.8-10). En realidad, lo que Onán hizo fue el *coitus interruptus* ya que no quería tener hijos que no fueran suyos. Onán pecó, no contra la castidad, sino contra el mandato de dar descendencia a su hermano (levirato), costumbre familiar que aparece en la legislación hurrita, en el Cáucaso, en Arabia y sobre la que legisló el *De.* 25.5-10.

Séneca, en su tratado sobre el matrimonio, considera de gran maldad amar a la esposa como a una adúltera; el marido debe conducirse como tal y no como amante. Jerónimo, en su tratado *adv. Iovin.*, I, 49 copió de Séneca este párrafo.

Clemente y Agustín admiten el placer sexual sólo con el fin de procrear. Aquel no alude a la masturbación, que la Iglesia primitiva nunca penó y cuando lo hizo, mucho después, fue apoyándose en una mala interpretación del episodio de Onán. Clemente señala algunos inconvenientes de las relaciones sexuales (*Paed.*, II, 95-2-3) como una pérdida de vigor.

Este pesimismo en materia sexual, por sus efectos nocivos, es, pues, de origen pagano, estoicismo, dualismo helénico y gnosticismo, y no tiene raíces bíblicas. Diversos autores griegos como Jenofonte, Platón, Hipócrates y Aristóteles considerarán el acto amoroso como una pérdida de energía. Clemente señala, en este sentido, que los atletas que se abstienen de placeres sexuales vencen más fácilmente a sus adversarios (*Paed.*, II, 94.3). Así lo indicó Platón en sus *Leyes* para el caso del campeón olímpico *Issos* de Tarento. Soranos de Efeso defiende también que la castidad produce buena salud física.

Sin embargo, a pesar de inspirarse frecuentemente en Musonio Rufo (*Rel.* XIII), Clemente no concibe el matrimonio sólo como una unión con el fin de tener hijos sino para que los esposos se ayuden mutuamente. Reducir la moral cristiana, como ha hecho la Iglesia católica durante muchos siglos, a la moral sexual, es algo que arranca ya de Séneca el filósofo mientras la revelación bíblica es rotundamente contraria a ella. El influjo de la moral estoica —a través de Séneca— fue enorme; Tertuliano (*De anim.*, 20) consideraba a Séneca como uno de los cristianos, a pesar de que su filosofía era panteísta, materialista e inmanentista. En este proceso de asimilación del pensamiento pagano, Clemente y su discípulo Orígenes, desempeñaron un papel de primer orden.

También el alejandrino se plantea (*Paed.*, II, 94-95) el problema de si es necesario casarse, concluyendo que el matrimonio es bueno y superior a la

virginidad; dicha idea tampoco es defendida por ningún otro autor cristiano que, tendieron a ensalzar la virginidad. Probablemente esta defensa del matrimonio de Clemente va contra las sectas que lo condenaban, como los *Hechos de Pedro*, obra compuesta hacia 190, y por lo tanto contemporánea de Clemente, de posible origen sirio o palestino. En ella Pedro predica contra el matrimonio e incita a las mujeres a abandonar a sus esposos, seguidos después por los *Hechos de Andrés*, escrito tenido por herético por Eusebio (*HE* 3.25.6), datados en torno al 260; los *Hechos de Tomás*, obra siria gnóstica de la primera mitad del siglo III; los *Oráculos de Sexto*, de finales del siglo II, que no recomiendan el matrimonio. Para los encratitas, fundados por Taciano, discípulo del Apologista Justino, contemporáneos de Clemente, el matrimonio era un adulterio. También Marción, expulsado de su seno por la Iglesia de Roma en el 144, rechazaba el matrimonio. Para Clemente (*Strom.* 3.10.68) el matrimonio no es una mera unión sexual, sino espiritual y religiosa. El estado de matrimonio es sagrado (*Strom.* 3.12.84). Clemente es contrario a las segundas nupcias (*Strom.* 3.12.82), como lo fue su contemporáneo Tertuliano, quien escribió tres tratados sobre el matrimonio y las segundas nupcias. En el *de ad uxorem*, obra escrita entre los años 200-206, aconseja a su esposa no casarse, si muere él. En la obra *de exhortatione castitatis*, fechada entre los años 204 y 212, admite que Dios tolera las segundas nupcias, que son una especie de formación, y en el *de monogamia* sigue un camino intermedio entre los gnósticos, que rechazan el matrimonio y los católicos que las permiten. Se fecha este tercer tratado en el año 217. Tertuliano (*Hier., Ep.*, 22.22; *Adv. Iovin.* 1.13) escribió en su juventud un tratado a un amigo filósofo sobre las dificultades de la vida matrimonial, que indica sobre el matrimonio una concepción diametralmente opuesta a la de Clemente.

A pesar de ser Tertuliano contrario a las segundas nupcias, él y Taciano, dos apologistas del siglo II, contrarios a la asimilación por el cristianismo de la cultura pagana, son los primeros autores cristianos que aceptaron el divorcio y, como admitió prácticamente toda la Iglesia primitiva, las segundas nupcias después.

Clemente ofrece, por último, algunos consejos más sobre la unión sexual (*Paed.*, II, 95, 3), como la prohibición de la relación amorosa entre ancianos (que remonta a Filón, *de spec. leg.*, III, 34-36) y que no fue seguida por la Iglesia. El autor alejandrino autoriza sólo las relaciones amorosas entre casados, mientras que la Iglesia primitiva permitió también el concubinato, como indica el cánón XVII del I Concilio de Toledo, celebrado hacia el año 400.

EL VESTIDO FEMENINO

Clemente (*Paed.*, II, 104, 1) con ocasión de referirse a los bienes, alude al afán de los vestidos de lujo que tenían sin duda las damas de Alejan-

dría; a las lanas teñidas, a los colores lujosos, a las piedras finamente grabadas, al oro trabajado, a los cabellos rizados o ensortijados en espirales, al maquillaje de los ojos, a la depilación, al uso de afeites, al tinte de los cabellos y a otros artificios que contribuyen a engaños. Aquiles Tacio (2.11.2-4) describe el vestido de la novia, que consistía en un collar de piedras de colores y en un vestido teñido de púrpura, adornado con oro. Las piedras eran de forma de rosa y una amatista tenía una montura de oro, con otras tres entre ellas. El bloque de las tres piedras unidas era negro, el cuerpo central blanco vetado de negro, y el resto de color de fuego. Esta piedra con una corona dorada imitaba un ojo de oro.

Clemente, alude probablemente, al referirse a los peinados de las damas, a la moda de época de los Severos de peinarse con una especie de grandes pelucones ondulados a ambos lados de la cabeza, con prototipos como los retratos de Julia Domna, esposa de Septimio Severo, del Museo de Munich o de esta misma emperatriz como Ceres (Museo Ostiense) o las dos cabezas de mujeres desconocidas de la Carlsberg Glyptotek de Copenhague. Apuleyo nos dice que las damas adornaban sus cabezas con peines de marfil (*Met.*, XI, 9, 3) y menciona tejidos de seda con bordados de oro.

Algunas descripciones de los vestidos de los emperadores, hechas por los historiadores antiguos, confirman también el lujo de las mujeres alejandrinas. Cómodo vestía ropas purpúreas y tejidos de oro propios de mujeres, como puntualiza Herodiano (I, 14, 8) y Macrino llevaba broches y un cinturón cubierto de oro y piedras preciosas, típicas de las damas (Herod., 5, 2, 4). En opinión de Mesa, el vestido de Heliogábalo, tejido en púrpura y oro y adornado por collares y brazaletes, era propio de mujeres (Herod., 5, 3, 4-5).

Como indica acertadamente Marrou, la moral que predica Clemente en su ataque a las diversas manifestaciones del lujo, se apoya en un racionalismo utilitario y en una estética funcional. Como sucede otras veces, el autor cristiano basa su moral no sólo en las *Sagradas Escrituras* (*Paed.*, II, 105, 1), sino en la historiografía griega (*Paed.*, II, 105, 2-3). Así, recuerda que los espartanos sólo permitían vestir trajes adornados con flores y un sólo adorno de oro a las hetairas. Los arcontes atenienses, por el contrario, abandonando sus costumbres viriles, llevaban adornos de oro, vestían trajes hasta los pies y sobre la cabeza colocaban una especie de trenza (*crobylos*), reteniendo sus cabellos con redes de oro (Tuc., 1, 6, 3). Clemente manifiesta en sus obras un profundo conocimiento de la literatura antigua: la poesía, el teatro, la historia, la filosofía, etc., cuyos textos maneja continuamente en apoyo de sus opiniones. El escritor alejandrino considera a los hombres que recurren a este lujo, más afeminados que a las mujeres. Ya hemos visto cómo Cómodo se presentaba en el teatro y en el anfiteatro vestido de mujer (*SHA Comm.*, 13, 4). Algunos amigos de Heliogábalo se peinaban con redcillas y cofias y se jactaban de tener maridos (*Heliog.*, 11, 7). El propio Heliogábalo se maquillaba la cara como una

mujer, vestía ligeros vestidos y llevaba collares femeninos (Herod., 5, 8, 1). Ante las rameras se vestía de mujer (*SHA Heliog.*, 26, 5) y llevaba el pecho abultado vistiéndolo como las prostitutas. En otras ocasiones calzaba calzado con incrustaciones de piedras preciosas, incluso esculpidas, lo que despertaba las burlas de todos. Este emperador (Cass. Dio 80.14.4) llevaba una red en el pelo; se pintaba los ojos, tiñéndolos con plomo blanco y con álcali.

Clemente hace algunas concesiones a las damas (cosa que ya hizo en lo referente a los perfumes), como el uso de vestidos un poco más sueltos, descartando los adornos, los dibujos detallados en los vestidos, las telas procedentes de la India o la seda demasiado fina (*Paed.*, II, 112, 1; 117, 1; III, 56, 1). Como observa Marrou, estas concesiones obedecen a la presión de las costumbres de la aristocracia de su tiempo, por lo que creemos que constituyen una prueba más de que estas descripciones responden a la realidad.

Este tema había sido tratado ya por Tertuliano en su tratado *de cultu feminarum*, dirigido a las damas cristianas ricas de Cartago. En él se dice que los adornos y los cosméticos proceden del diablo (*de cultu*, 2), distinguiendo entre el vestido, que significa ambición y el cosmético, que significa prostitución (*Id.*, 4). Condena todo tipo de alhajas, de oro y plata, perlas preciosas o perlas que sólo valen por su rareza. Escribe sobre los vestidos que «un cuello delicado arrastra bosques e islas y los finos lóbulos de las orejas derrochan una fortuna» (*Id.*, 9). La confirmación de estas afirmaciones de Clemente son los retratos de Palmira en los que las damas van cargadas de joyas de todo tipo. A veces van veladas y otras no⁴⁰. En el libro II afirma que «las que ungen su piel con pomadas, colorean sus mejillas de rojo y untan de negro sus ojos, pecan contra Dios» (*Id.*, 5). Según testimonio de Apolonio, obispo de Asia (Hier., *de vir.* 11.40), las profetisas compañeras de Montano, Prisca y Maximila, recibían donativos, se teñían los cabellos, se pintaban los párpados con antimonio, vestían ricos trajes, llevaban piedras preciosas y prestaban dinero con usura.

El mejor comentario gráfico a las descripciones de Clemente y Tertuliano son los retratos de El Fayum, donde puede apreciarse perfectamente el peinado, las joyas, el maquillaje, las pinturas y el vestido de las mujeres⁴¹.

⁴⁰ M.A.R. COLLEDGE, *The Art of Palmyra*, Londres, 1978.

⁴¹ J. DRERUP, *Die Datierung der Mummien-portrats*, Paderborn, 1933. K. PARLASCA, *Ritratti di mumie*, Roma, 1980. Sobre el peinado de las mujeres en época de los Severos: A. GARCÍA Y BELLIDO, *op. cit.*, 522 ss., figs. 972-974, 980, 982, 991, 994-995, 997, 1001. G. LIPPOLD, *Die Skulpturen des Vaticanischen Museums*, Berlín, 1936, 193 ss., nota 588. A. MANSUELLI, *Galleria degli Uffizi, Le sculture*, Roma, 1961, 111 fig. 135; 115 fig. 143. El peinado al que alude Clemente, en forma de una especie de torre, es usado a finales del siglo II; lo lleva una dama siria (V. ZIMSERLIN, *op. cit.*, 107) y una segunda de la tumba de los Valerios, en las Grutas Vaticanas (R. BIANCHI BANDINELLI, *Roma, centro del poder*, Madrid, 1970, 296, fig. 334). Luciano en sus *Diálogos de las Cortesanas* (XI), Trifana y Cármides, menciona dos veces el uso de pelucas y el teñirse el pelo.

Otra confirmación al texto de Clemente y a los retratos de Julia Domna, es lo escrito por Tertuliano en su *de cultu feminarum* II, 7, 1: «... Pero ¿es qué no sabéis dejar en paz vuestros cabellos? Tan pronto los rizáis como los desrizáis; ya los alzáis, ya los rebajáis; hoy los trenzáis, mañana los dejáis caer lacios con negligencia afectada; en casos os cargáis con un montón enorme de pelo prestado que os colocáis unas veces a modo de casco ciñiendo toda vuestra cabeza, otras os lo recogeis a lo alto, en forma de pirámide, mostrando el cuello al descubierto... Si no enrojeceis de peso de tal cargo, enrojecead al menos de su indignidad. No pongáis en una cabeza, que ha sido dignificada por el agua del bautismo, los despojos capilares de cualquier miserable muerto víctima de sus vicios o de cualquier malvado condenado a expirar en un patíbulo».

Clemente (*Paed.*, II, 107, 5) menciona también los vestidos demasiado delicados que se ajustan al desnudo del cuerpo. En este mismo sentido, Petronio (*Sat.*, 55) recuerda a aquella joven esposa que viste gasa transparente y se exhibe desnuda en una leve neblina de lino. Los vestidos floreados dice Clemente que son propios de las bacantes que los usan en la iniciación (*Paed.*, II, 108, 4). Otros estaban teñidos con púrpura y pintados con frutos verdes, rosa o rojo escarlata (*Paed.*, II, 108, 5). También aconseja no usar los vestidos adornados con oro, teñidos de púrpura y decorados con figuras de animales, la ropa de color zafiro impregnada de perfumes y las togas ricas y variadas decoradas con piedras preciosas (*Paed.*, II, 109, 1). Aunque de un siglo posterior a Clemente, un buen ejemplo de vestido femenino, adornado con plantas, pintadas o bordadas, es el que lleva la Orante, del Sepulcro de los Orantes del Cementerio de Trasona en Roma.

El escritor cristiano recomienda, por el contrario, que las mujeres tengan vestidos ligeros y dulces al tacto, sin adornarlos con pinturas; los lavados y la inmersión en líquidos, dice, corrompen la lana y vuelven frágiles los tejidos (*Paed.*, II, 111, 1). Otros trajes de mal gusto son las túnicas, cortas o largas, de las mujeres y los mantos de lana y las túnicas de los varones. Son vestidos que se usaban en la realidad, pues dice: «Me avergüenzo de verdad de ver tanta riqueza dedicada a cubrir los órganos vergonzosos» (*Paed.*, II, 112, 2). También indica el entusiasmo que despertaban otros vestidos de lujo como los fabricados con pelos de cordero de los que se gloriaba Mileto (*Vita. Dom.*, 41) y que Italia alababa; los pelos se conservaban debajo de las mantas de piel como hacían los ganaderos de Tarento y del Atica (*Paed.*, II, 111, 3). Concluye Clemente recomendando a las damas no usar vestidos que lleguen hasta los pies, pues impiden andar y recogen el polvo de la tierra.

Sobre el comercio de la seda con el Oriente: M.G. RASCHKE, «New Studies in Roman Commerce with East», *ANRW* II, 9.2, 606 ss. Sobre el comercio romano con la India, citada expresamente por Clemente, cfr.: A. DIHLE, *Die Entdeckungsgeschichtlichen Voraussetzungen des Indienhandels der Römischen Kaiserzeit*, 546 ss. J. FERGUSON, *China and Rome*, 581 ss.

De estas afirmaciones se desprende que los alejandrinos vestían una túnica larga (que para el autor es pura ostentación), mientras griegos y romanos llevaban la túnica corta (*Quint.*, XI, 3, 139) que llegaba hasta la rodilla. Clemente describe también el traje de los bailarines del teatro que llevaban a la escena su desenfreno de invertidos.

No considera bello que el vestido llegue sólo hasta la rodilla, como en el caso de las muchachas espartanas, pues no es decente que una mujer deje al descubierto una parte de su cuerpo. A las mujeres cristianas les está prohibido llevar el cabello al descubierto; deben cubrirse la cabeza y velarse la cara (1 *Cor.*, II, 5, 10; Tert., *de cult. fem.*; *de virg. vel.*, Cypr., *de hab. virg.*, etc.). Tampoco encuentra razonable que una mujer lleve velo de púrpura para llamar la atención y excitar los sentimientos más perversos. Las regiones de Tiro, Sidón y otras vecinas, eran envidiadas por la producción de púrpura (Plin., IX, 127). Tertuliano, en tres tratados suyos, *de cultu feminarum* (2.7), *de oratione* (20-23), y *de virginibus velandis*, exigía que las vírgenes se cubrieran con el velo. Esta obligación se extendía lo mismo a las casadas que a las solteras, siguiendo a Pablo (1 *Cor.* 11.5-6).

Estas ideas de su maestro fueron seguidas por Cipriano en su tratado, escrito hacia el año 249, titulado «Sobre el porte exterior de las vírgenes», que confirma lo escrito por Clemente sobre las damas ricas cristianas de Alejandría. Las vírgenes ricas no debían hacer ostentación de sus bienes (7), ni peinarse llamativamente, ni llamar la atención en público, ni arrebatar las miradas de los jóvenes, ni atraer los suspiros, ni echar leña al fuego de la pasión amorosa (9). Recomienda el obispo de Cartago (12) huir de las mujeres deshonestas, de los trajes de las desvergonzadas, de las joyas propias de las rameras, de los dijes de las cortesanas, no vestirse de seda y púrpura, ni engalanarse con perlas y joyas, ni teñirse los ojos alrededor con tintura negra, ni pintarse las mejillas con rojo ficticio, ni teñirse los cabellos con colores postizos, ni defigurar el rostro y cabeza con afeites (13-14). Cipriano se dirige a todo tipo de mujeres, vírgenes, casadas y viudas (15). Puntualiza el obispo africano (15) que las damas se aplican colores y polvos amarillos, negros y rojos, o cualquier otro afeite que desfigura la fisonomía (15). A las mujeres que hacen tal cosa las considera adúlteras por desfigurar y profanar la obra de Dios (15). Todas estas afirmaciones, como se ha indicado, son una confirmación de lo escrito por Clemente y prueban que las costumbres en Cartago eran idénticas a Alejandría. Lo mismo se deduce de otros datos que añade Cipriano (18), como ir a bodas y mezclarse en conversaciones obscenas, participar en convites «donde corre el vino y se profieren palabras torpes», ir a los baños mixtos, donde se exhiben los hombres desnudos (19) y donde se prostituyen las mujeres ante las miradas curiosas y lascivas. Algunos de estos ornatos femeninos deben ser antiguos, pues Pablo (1 *Tim.* 2.9-10) prohíbe rizarse los cabellos, adornarse con oro, piedras y prendas lujosas. (También 1 *Petr.* 3.3). Los retratos de damas de El Fayum indican que lo frecuente era no llevar velo. El uso de

afeites en las mujeres era costumbre antigua en el Imperio Romano. Ovidio ya había dedicado una obra a la cosmética del rostro femenino.

Plutarco confirma todos estos datos dados por Clemente, Tertuliano y Cipriano. Según este autor las mujeres se enfadaban con sus maridos que intentan privarlas del lujo (*Mor.* 139 D). Las mujeres se pintaban de rojo, se perfumaban y llevaban oro, púrpura y esmeraldas (*Mor.* 639 B-C). Todas estas cosas no adornan a las mujeres (*Mor.* 141 D-E) según este autor. La mayoría de las mujeres preferían quedarse en casa, a salir sin calzado dorado, sin pulseras, sin ajorcas, sin perlas y sin vestidos de púrpura (*Mor.* 142 C). Las mujeres usaban vestidos de escarlata o púrpura y tocaban címbalos y tambores, todo lo cual disgustaba a los maridos (*Mor.* 144 D-E). Plutarco (*Mor.* 145 B) da por supuesto que no es posible desterrar el lujo de las mujeres, si se encontraban en las habitaciones de los hombres.

Luciano ridiculiza que las mujeres usen vestidos de púrpura (*Conv.* 13), sillas gestatorias (*M. Cond.* 36) y que se hagan acompañar en sus viajes de peluqueros (*M. Cond.* 32-33). Era signo de buena posición el que una mujer disponga de mantos, de esclavos y de joyas de oro (*Met.* 4). Lo que distingue a las mujeres de las cortesanas es la medida en adornarse. Magníficamente describe Luciano (*Am.* 39-43) el lujo de las mujeres, confirmando lo escrito por Clemente, Tertuliano y Cipriano igualmente:

«Por la mañana, encerradas para que ningún hombre vea su fealdad, se rodean de viejas y muchachas, tan feas como ellas, que maquillan sus desgraciados rostros con pomadas diversas, paseando —como si fuera una procesión— palanganas de plata, aguamaniles, espejos y un montón de cajas. El trenzado de los cabellos consume la mayor parte del esfuerzo, dados los artilugios que usan para elaborar el peinado; en caso de estar contentas con el color, gastan todo el dinero de sus maridos en perfumes de casi toda Arabia. Si la vestimenta provoca escándalos, mucho más las piedras preciosas que cuelgan de sus orejas, o las serpientes —¡ojalá fueran realmente!— que llevan en muñecas y brazos. Oro desde la cabeza hasta la punta de sus pies, aunque merecerían tenerlos encadenados con hierro por los talones. Y una vez que todo su cuerpo ha sido embaucado con la belleza engañosa de un atractivo bastardo, enrojecen sus mejillas impúdicas con pinturas rojas, para que su tinte carmesí pueda dar color a su palidísima y fofa piel. Tras vagabundear por la calle en una serie de actividades que corrompen el alma, se va a casa: largos baños, comidas suntuosas, hartura de golosinas, conversaciones lascivas... Estas son las señales de una vida femenina bien equilibrada».

El velo de las mujeres no era sólo costumbre cristiana. En Grecia, en Tebas, se usaba el velo en época helenística. En las tanagras las mujeres cubren su cabeza frecuentemente con velo, así como en el sur de Asia Menor, en Tarso de Cilicia y Perge. A comienzos del Imperio en un relieve de Palmira, colocado en el peristilo del templo de Bel, se esculpieron tres mujeres veladas. En un relieve sirio, hoy en el Museo del Louvre, fechado ha-

cia el año 200, se representa una siria velada, junto a Venus y Adonis desnudos.

Según Clemente los varones afeminados y las mujeres engañosas importaban finas telas de Egipto, tejidos de Palestina, de Cilicia y de Amorgo, etc.; el lujo de Alejandría superaba, en su opinión, todo lo imaginable. En este sentido, el escritor cristiano conserva el precio de algunos de estos valiosos vestidos que llegaban a ascender a diez mil dracmas áticas, cifra considerable si recordamos que un esclavo sólo valía mil.

CALZADO

Clemente concluyó el libro segundo del *Pedagogo* con dos capítulos dedicados al lujo del calzado y al uso de piedras preciosas y joyas de oro.

El alejandrino comienza catalogando una serie de calzados de lujo, cuyo uso atribuye a las mujeres ricas de su ciudad. Menciona las sandalias adornadas con flores de oro, citadas también por el cómico Cefisodoro en Pollux VII, 87; llevan fijadas en las suelas filas de clavos, formando espirales. Muchas mujeres se hacían grabar escenas eróticas para que queden marcadas en el suelo y de este modo dejar pruebas de sus sentimientos de hetairas. Desaconseja Clemente las sandalias decoradas con adornos de oro y piedras preciosas, las zapatillas áticas y sicionias, los coturnos de Persia o Tiro, etc.

Clemente admite el uso de sandalias blancas, lo que es una concesión más a la debilidad femenina, salvo cuando se emprende un viaje, ya que entonces deben calzarse zapatos untados de grasa o con suelas claveteadas. Desaconseja también a las mujeres andar descalzas, pero no a los hombres (*Paed.*, II, 117, 1-2), recomendando el uso de las zapatillas o sandalias llamadas *konípodes*.

El tipo de calzado a usar lo justifica Clemente, siguiendo a Musonio Rufo (XIX, p. 106, 1-3), como protección de los pies de tropezones (*Paed.*, II, 116, 2).

EL USO DE PIEDRAS PRECIOSAS Y JOYAS DE ORO

Respecto al uso de piedras preciosas, Clemente (*Paed.* II, 120, 1) recoge las leyendas fantásticas sobre las hormigas de la India que excavan el oro de la tierra (Her. III, 102, 116; Plin., XI, 111) y sobre los grifos que guardaban el oro de las entrañas de la tierra (Her. III, 116; IV, 13, 27) que ya celebraran Aristeo de Proconeso, Esquilo, Píndaro, etc. y que quizá tengamos representada en la lucha de un hombre contra el grifo en el grupo de Obulco (Porcuna; Jaén), de mediados del s. V a.C.⁴²

⁴² J.M. BLÁZQUEZ, *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992, 399.

Clemente rechaza el uso de las piedras preciosas (*Paed.*, 119, 3), porque mientras los objetos necesarios, como el aire y el agua, están a la vista de todos, los innecesarios están en las entrañas de la tierra. Su afirmación de que hombres condenados a muerte son los que excavan la tierra en busca de oro oculto y piedras preciosas (*Paed.*, II, 120, 1), vendría confirmada por las escalofriantes descripciones de Diodoro Sículo (5, 35-38) sobre las minas hispanas de plata y de Agatárquides de Cnido (*Diod.*, 3, 12, 2-6; 3, 13, 1-3) sobre las minas de oro nubias, trabajadas por mujeres.

Con motivo de referirse a las verdaderas riquezas que deben buscar las mujeres cristianas, expresa Clemente (*Paed.*, II, 120, 3) un pensamiento cristiano de carácter social: Dios ha creado nuestra raza para participar en la comunión de los bienes. Todas las cosas son comunes y los ricos no deben pretender más bienes que el resto de la comunidad.

La idea de la comunidad de los bienes aparece ya en Platón (*Phaedr.* 297c; *Leg.* V, 73C), pasando después al estoicismo y reapareciendo en Qumran y el cristianismo. Clemente considera (*Paed.*, II, 120, 6) que no es justo que unos naden en la abundancia y otros en la miseria. Es más noble gastar el dinero en beneficiar a los hombres que en comprar oro y piedras preciosas. Recomienda hacer uso de las riquezas sin apego y sin privilegios (*Paed.*, II, 121, 1), lo cual él mismo reconoce que es imposible.

Clemente menciona luego otras joyas usadas por los alejandrinos: collares de oro y brazaletes (*Paed.*, II, 122, 3), anillos de los pies (*Paed.*, II, 122, 4), joyas de oro con formas de serpientes, etc. Petronio (*Sat.*, 67) describe las joyas de la esposa de Trimalción: ajorcas en espiral para los tobillos, esarpines de piel con bordes de oro, pulseras y redecillas de oro, etc. que llegaban a pesar seis libras y media.

Clemente recoge una serie de textos sacados de poetas cómicos (*CAF* II, p. 228 n. 33) y de las *Thesmoforias* de Aristófanes (en parte conservado por Pollux VII, 95 ss.) que mencionan joyas. El autor cristiano se maravilla (*Paed.*, II, 124, 3) de que las damas alejandrinas puedan llevar tanta carga y recuerda también los adornos de las prostitutas. Califica de idolatría este comportamiento bajo apariencia de elegancia (*Paed.*, II, 127, 1) mostrándose partidario de la sencillez y de las obras buenas, verdadero adorno (*Paed.*, II, 129).

En el libro III del *Pedagogo*, Clemente vuelve a tratar algunos aspectos ya examinados y revisa otros nuevos. Insiste en que las mujeres no deben embellecerse, para lo cual (*Paed.*, III, 4, 1-4) las compara con los templos egipcios en los que los propileos y los recintos estaban profusamente adornados, las paredes brillan con piedras traídas de fuera del país, reluce el oro, la plata y el electro y resplandecen con brillo piedras traídas de la India. Si alguien entra en el recinto, le espera lo mejor: busca la estatua que habita el templo mientras un pastóforo o algún otro sacerdote encargado hace sacrificios ante el sagrario con seriedad, cantando un himno en lengua egipcia y alza un poco el velo para enseñar la imagen de su dios.

Pero en el interior no se encuentra el dios que se esperaba, sino un gato o un cocodrilo, una serpiente o algún otro animal conocido, indigno de hallarse en un lugar como éste; el dios de los egipcios aparece como un animal envuelto en trapos de púrpura. Sin duda esta descripción responde a la realidad y es una prueba más de que las narraciones de Clemente no son ficticias.

A continuación, el escritor cristiano dice que —a semejanza de estos templos— las damas van cubiertas de oro, se adornan los cabellos, se untan las mejillas, se oscurecen los párpados y ejercitan otras vanidades más. Pero si se quita el velo del templo, es decir los vestidos, las joyas, los ungüentos, los cosméticos, etc., en su interior no hay nada (*Paed.*, III, 8, 4). Clemente afirma que todos estos adornos son obra de la serpiente maligna, del demonio, que transforma a las mujeres en prostitutas; el amor excesivo a embellecerse no es, en su opinión, propio de mujeres sino de hetairas, de mujeres que cuidan poco de guardar la casa junto a su esposo y que, después de vaciarle la bolsa lo gastan en satisfacer sus deseos, en embellecerse y pasarse el día adornándose. Sin duda es ésta una descripción realista de las costumbres de las damas alejandrinas de la alta sociedad.

En *Paed.*, III, 6, 1 continúa describiendo todos estos aspectos de la vida de Alejandría: cómo las mujeres se pasan la vida, embelleciéndose en las habitaciones, para que no se rían de que se han vuelto rubias. Por la tarde salen a la luz como de una cueva; la falsa belleza y la falta de luz favorecen el engaño. Clemente describe (*Paed.*, III, 6, 3) los estragos que hacen en el cuerpo femenino todos estos ungüentos que acaban destruyendo la belleza natural. Por la mañana fabrican unas cataplasmas que arruinan su piel; los fármacos y detergentes dañan la frescura natural. Las mujeres enferman por tener la carne ya gastada estando toda ella pintada de colores. Mientras, olvidan el gobierno de la casa y se sientan para dejarse ver, como si fueran pinturas, arruinando el matrimonio y la casa.

Clemente recoge (*Paed.*, III, 7, 3) otros datos más concretos aún como es que las mujeres usen sustancias extraídas del cocodrilo y se untan con la espuma de cuerpos en descomposición, utilicen el hollín —citado también por Petronio (*Sat.*)— para oscurecerse las cejas o se den coloretos en las mejillas. Nuevamente condena esta costumbre aduciendo pasajes de Menandro (fr. 610), Aristófanes (*Lys.*, 42-43), Antífanes (fr. 148) y Alesio (fr. 98, 1-2; 7-22; 24-26) y llega a considerar que la pasión por beber y comer es menos mala que el deseo de llevar joyas de oro, vestidos de púrpura y piedras preciosas. Denuncia que algunas mujeres no se satisfacen ni con el oro que está fuera o dentro de la tierra (*Plat.*, *Leg.* V, 278A), ni con las mercancías que llegan de la India o de Etiopía y ni siquiera del Pattolo, quedando siempre insatisfechas aunque fuesen Midas (*Paed.*, III, 10.2). Este lujo exterior les lleva a exhibirse en las procesiones, rodeadas de admiradores, a andar por los templos y a perder el tiempo en las encrucijadas para dejarse admirar por todos. Clemente las considera inferiores a los ani-

males que, como los caballos, pájaros y otros parecidos, se contentan con su natural ornato (*Paed.*, III, 11, 1).

En el libro I, 10 del *Pedagogo*, defendió Clemente la más absoluta igualdad del hombre y de la mujer ante Dios e instó a ésta a participar con los hombres en la comunidad cristiana. Clemente recoge en este libro una lista de mujeres que habían descollado en la Historia, como Ester, la escritora Arignote, la filósofa epicúrea Temistio, las alumnas de Platón, etc.

Esta pintura de Clemente es totalmente contraria a la de su contemporáneo Tertuliano (*de virg. vel.* 9): «No está permitido que una mujer hable en la iglesia, ni le está permitido enseñar ni bautizar, ni ofrecer la eucaristía, ni reclamar para sí una participación en alguna función masculina... por no mencionar ningún cargo sacerdotal». Este párrafo va, pues, expresamente dirigido contra la actuación de la mujer en la época de Pablo, donde figuraban mujeres al frente de la comunidad cristiana, como Febe (*Ro.* 16, 1-2); María (*Ro.* 16, 6) que trabajó mucho para dicha comunidad; Trifena, Trifosa, Persida (*Ro.* 16, 12), Evodia y Sintique que habían cooperado en la formación de la iglesia de Filipo (*Flp.* 4, 2). En Jerusalén la comunidad cristiana se reunía en casa de María, madre de Marco (*Hch.* 12, 12). Las cuatro hijas de Filipo eran profetisas (*Hch.* 21, 9). Una profetisa de nombre Jezabel fue acusada de corromper la iglesia de Thyatira (*Ap.* 20).

Tertuliano sabía (*de praescrip. haer.*, 41) que en las sectas cristianas las mujeres enseñaban, discutían, exorcizaban, llegando incluso a bautizar, lo que indica que eran obispos. En las sectas de Marción y de Valentín, las mujeres gozaban de igualdad respecto a los hombres. Marción les permitía desempeñar los cargos de sacerdote y de obispo a juzgar por las funciones que desempeñaban.

Entre los carpocracianos, los gnósticos, los marcionitas o montanistas, las mujeres ocupaban altos cargos en la comunidad. Los montanistas, una secta profética radical, tenían a Prisca y Maximila por fundadoras. tertuliano (*de bapt.* 1) atacó a la «víbora» que dirigía una comunidad en Africa. La Iglesia acabó imponiendo el criterio de Tertuliano, no el de Clemente, y la postura ambivalente de Pablo de obediencia de la mujer al marido (*Col.* 3, 18; *Ef.* 5, 22 y *1 Pe* 3, 1).

LA TOILETTE DE LOS VARONES

Los varones alejandrinos también se embellecían. A este tema dedica Clemente el capítulo III de su obra. Son adúlteros y afeminados que cuidan su cabellera como las damas, razón por la cual la ciudad está llena de barberos, depiladores y embreadores.

Los hombres se depilaban los pelos con cera y no se avergonzaban de presentarse así (*Paed.*, III, 15, 4). Pero el embellecimiento masculino no quedaba aquí: también se teñían la barba, se ungián los cabellos canosos o

se teñían de rubio y los peinaban como las mujeres. Para volverse jóvenes y deshacerse de la vejez, se pintaban.

Esta costumbre de maquillarse viene confirmada por lo que Herodiano (5, 4, 10) cuenta de Heliogábalo que «aparecía en público con los ojos pintados y con carmín en sus mejillas, afeando su rostro... con maquillajes lamentables». Apuleyo, en su *Asno de oro* (8, 26, 6) dice de los sacerdotes de la diosa siria Atargatis: «cada cual se arreglaba con monstruoso disfraz, aplicándose una pasta arcillosa a la cara y sobrecargando sus ojos de pinturas». En el *Satiricón* (23) se menciona un mariquita que entre las «arrugas de sus mejillas tenía tanto colorete que se diría una pared desconchada y a punto de desplomarse por la lluvia». Siglo y medio después, Paciano, obispo de Barcelona, en su tratado *de Poenitentia* (10) alude a los afeites de los hombres.

Dos siglos después, Prudencio (*Am.* 285-287) describe a los hombres afeminados, refiriéndose a los vestidos de sedas importadas del Oriente, a las telas brocadas, a los trajes teñidos, a las telas transparentes y a los vestidos exóticos que imitaban el plumaje de los pájaros multicolores.

Clemente considera propio de hombres afeminados peinarse el cabello, afeitarse con la navaja para apareentar mayor belleza, quitarse los pelos, pulirse las mejillas, etc. y dice que algunos llevaban figurillas esféricas a la altura del pie o colgadas del cuello (*Paed.*, III, 17, 4). Sabemos, en este sentido, que Trimalción llevaba un brazalete de 10 libras de peso y que lucía un brazalete de oro y una pulsera de marfil abrochada con placa de esmalte (*Sat.*, 32).

Clemente insiste (*Paed.*, III, 18.1) en que este comportamiento es propio de hombres perdidos, dignos de ser recluidos en un gineceo, considerando distintivo del verdadero hombre la barba, signo de virilidad. Nos dice también (*Paed.*, III, 21, 1), que a los jóvenes esclavos se les embellecía para deshonorarlos. Apuleyo (*Met.*, 26, 8, 5) describe a un esclavo joven, muy fornido, habilísimo flautista que tocaba su instrumento en las procesiones de la diosa siria y que «en casa multiplicaba sus servicios como concubino de la comunidad (de sacerdotes)».

Los jóvenes esclavos mantenían frecuentemente relaciones amorosas con sus dueños (*Petr.*, *Sat.*, 28, 45; 74, 80), como Filocómo con el emperador Cómodo (*Herod.*, I, 17, 3). La moral pública de alejandría dejaba, pues, mucho que desear. Clemente se queja del grado de licencia, molicie, iniquidad y lujuria a que había llegado la ciudad y que en su época había tomado ya carta de ley.

En los pórticos de la ciudad, dice el escritor cristiano, las mujeres venden públicamente su cuerpo por placeres desvergonzados, mientras los jóvenes —en clara alusión a la prostitución homosexual masculina— enseñados a renegar de su naturaleza se vuelven mujeres. Apuleyo (*Met.*, 8, 26, 1-2) dice que los homosexuales se hablaban entre ellos en femenino, como los sacerdotes de Atargatis o como el propio Attis hizo después de su castración voluntaria.

A continuación vuelve Clemente sobre este mismo punto que considera una lacra de todas las grandes ciudades; los hombres tienen pasiones de mujeres, mientras las mujeres hacen de hombres en contra de su naturaleza, comportándose juntos como marido y mujer. Lo mismo afirma el *Apocalipsis de Pedro*, de la segunda mitad del siglo II, que describe las penas de los condenados. El lesbianismo debía estar muy extendido. Luciano en sus diálogos sobre las meretrices, *Clonarión y Lecina* (V), cuenta los amores de dos mujeres.

Los hombres afeminados son reconocibles, según Clemente (*Paed.*, III, 23, 3), por signos exteriores: tienen la voz delicada, el vestido de color, suave al tacto, por los zapatos, pero también por su comportamiento, la manera de caminar, de mirar, etc. Sólo prestan atención a sus cabellos y poco falta para que recojan sus cabelleras en redes, como hacen las damas (*Paed.*, III, 23, 5).

Concluye Clemente este capítulo recogiendo varios ejemplos de pueblos que se comportaban de distinta manera que el suyo, como los celtas, los escitas, los germanos y los árabes.

LA SERVIDUMBRE

La vida desenfadada y de lujo de la sociedad alejandrina necesitaba de una servidumbre variada y numerosa, ya que los ricos evitaban servirse ellos mismos y recurrían a un grupo numeroso de esclavos (*Paed.*, III, 26, 1).

Toda esta caterva de servidores la clasifica Clemente en varios grupos: unos trabajan para la voracidad de los amos, como los trinchadores y los cocineros finos que preparaban salsas, dulces y sorbetes, etc.; otros se ocupaban de los vestidos superfluos; otros guardaban, como grifos, los objetos de oro y plata, limpiaban las tazas y preparaban todo lo necesario para el convite; otros limpiaban los jumentos.

Gran número de coperos y bellos jóvenes trabajaban en las casas de los ricos, como también esteticistas de ambos sexos que se ocupaban del ornato de las damas, como se aprecia en una pintura de Herculano⁴³. Algunos de ellos sostenían los espejos, otros preparaban el velo, etc. En un relieve del Museo della Civiltà Romana en Roma se representa la *toilette* de una dama, ante el espejo, acompañada de sus sirvientas; una de las cuales le arregla el moño. Trabajaban también en estas casas esclavos que actuaban de «celestinos», cosa que confirma Apuleyo (*Met.*, 10, 20, 2), si bien se cree generalmente que no servían para satisfacer el deseo sexual.

Los ricos se hacían llevar en literas por esclavos (*Paed.*, III, 27, 3); de vez en cuando levantaban la cortina para mirar alrededor. Apuleyo en su *Metamorfosis* (10, 3-4) menciona los lujosos vehículos, las cómodas carro-

⁴³ J. CHARBONNEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *op. cit.*, 120, fig. 119.

zas con sus cortinas parcialmente echadas; los arreos de caballería de estos vehículos eran de oro, la albarda colorada, los frenos de plata, las riendas repujadas y los cascabeles de fino tintineo. Heliogábalo (*SHA, Heliog.*, 29, 1) usaba vehículos de oro e incrustaciones de pedrería, pues despreciaba los de plata, marfil o bronce que eran propios de gente rica.

Según Clemente, los ricos alejandrinos se hacían transportar de un templo a otro para hacer sacrificios, acompañados de pobres y viejos hambrientos, de parásitos que arruinaban las casas pidiendo a los charlatanes ciertos filtros para el amor o para arruinar un matrimonio (*Paed.*, III, 28, 3). De todo ello hay abundante documentación en el *Asno de Oro*.

Algunos maridos poseían estos filtros, otros los deseaban o se los prometían los charlatanes. Clemente comenta (*Paed.*, II, 28, 4) que estos no sabían que se les estafaba. En Alejandría, como en todas las grandes ciudades (sobre todo si eran puertos de mar), pululaban gran cantidad de esclavos de la lujuria y de hetairas que procedían de diferentes regiones. Alejandría atrajo gente viciosa o, mejor, que vivía del vicio, de todos puntos del mundo. Incluso los burdeles eran organizados por los propios emperadores como Cómodo, que reunió en un lupanar de Roma «a unas mujercuelas esclavas, prostitutas de excepcional belleza» (*SHA, Comm.*, 2, 8), o Heliogábalo (*SHA, Heliog.*, 24, 2) que tenía unos burdeles para sus clientes, amigos y esclavos.

Las damas se deleitaban con el trato de hombres afeminados. En sus casas corrían turbas de lengua desenfadada que Clemente califica de cuerpo impuro, de palabra deshonesto, viles por los servicios impúdicos que prestan ministros del adulterio. Estos ríen y charlan, hacen gestos indecentes con la nariz sólo por libertinaje, buscando deleitar con palabras y con actos impuros (*Paed.*, III, 29, 2). A veces —sigue diciendo Clemente (*Paed.*, III, 29, 3)— los mimos fornicadores o la turba de homosexuales, que los imitan, se irritan y con la nariz hacen un ruido parecido al de las ranas.

Clemente ofrece otros datos de interés sobre el comportamiento de las ricas damas alejandrinas. Algunas que son más honestas que las anteriores, alimentan pájaros llegados de la India y pavos de Media, pasando las horas junto a ellos (*Paed.*, III, 30, 1). También el emperador Heliogábalo (*SHA, Heliog.*, 20, 36-21, 2) tenía loros y pavos reales, ruiseñores y faisanes.

Menciona Clemente que algunas viejas cuidaban un periquito de Malta pero despreciaban a un viejecito más amable que un pájaro y que no atendían a los jóvenes huérfanos, pero alimentaban papagayos y urracas. Estos animales aparecen representados en un mosaico en *opus vermiculatum* del palacio atálida de Pérgamo, fechado entre los años 150-180 d.C.⁴⁴. Insiste Clemente en que también exponían a los niños concebidos en casa mientras cuidaban de las crías de los pájaros (*Paed.*, III, 30, 2).

Precisamente el amor a los animales, junto al amor a la naturaleza, es

⁴⁴ J.J. POLLIT, *op. cit.*, fig. 239.

una de las más bellas herencias del mundo greco-romano ⁴⁵. Las casas de Pompeya estaban adornadas con mosaicos decorados con peces, aves y animales; en la Casa de Fauno se conserva un paisaje nilótico lleno de animales y plantas ⁴⁶ y un pavimento con representaciones de gatos, patos, peces, pájaros y conchas ⁴⁷. Recordaremos también las palomas bebiendo en un recipiente del palacio hadriano de Tívoli, copia de un original de Sosos de finales del siglo II a.C. que existió en Pérgamo ⁴⁸.

Clemente menciona, en este mismo párrafo, el control de la natalidad mediante el abandono de los hijos, que estuvo muy extendido en la Antigüedad, siendo prohibido —por influencia cristiana— sólo en el 374 d.C. Séneca (*de ira* 1, 15), alude a él como práctica corriente en Roma. En opinión de Suetonio (*Calig.*, 5), su aplicación dependía de la decisión de los padres. Filón de Alejandría, muerto entre el 45 y 50, establece en su obra un lazo de unión entre el aborto y el infanticidio (*Exposit. Leg.*, 3, 20, 110), lamentándose de que éste sea una práctica muy extendida en su tiempo.

El cristianismo condenó pronto el infanticidio, como hizo el apologista Justino, muerto hacia el 165 (*I Apol.*, 27) y lo considera un asesinato. Lactancio, contemporáneo de Diocleciano y Constantino, escribe en sus *Instituciones divinas* (5, 19, 15) que los paganos estrangulan a sus hijos o, si eran piadosos, los abandonaban.

Infanticidio y aborto son frecuentemente citados juntos por los escritores cristianos. Así, la *Carta de Bernabé* dice tajantemente «tú no matarás el feto por aborto, ni al recién nacido» (19, 5). El apologista Atenágoras, en su *Apología* al emperador Marco Aurelio (35), condena a las mujeres que se medican para abortar y a las que abandonan a sus hijos. Tertuliano (*Apol.*, 9, 7) escribe hacia el 198 que los recién nacidos son asfixiados en el agua por los paganos, expuestos al frío y al hambre o arrojados a los perros. El apologista africano no encuentra diferencias entre abortar y matar al recién nacido. Por su parte Minucio Félix, otro apologista cristiano de finales del s. II, indica (*Oct.*, 30, 2) que los paganos exponen a sus hijos recién nacidos para que los devoren los pájaros o los animales salvajes. Los emperadores Septimio Severo y Caracalla, contemporáneos de Clemente, castigaron a la mujer que privara impúnemente a su esposo de descendencia. En la *Metamorfosis* (2.23-30; 9.5-7, 15-28) las mujeres envenenan a sus maridos para poder heredarlos. Utilizan celestinas en sus adulterios, y ponen continuamente en ridículo a sus esposos.

⁴⁵ G. RICHTER, *Animals in Greek Sculpture*, Nueva York, 1930; J.M.C. TOYNBEE, *Animals in Roman Life and Art*, Londres, 1973; J. POLLARD, *Birds in Greek Life and Myth*, Londres, 1977.

⁴⁶ J.J. POLLIT, *op. cit.*, 226, fig. 240.

⁴⁷ J.J. POLLIT, *op. cit.*, 223, fig. 237.

⁴⁸ J.J. POLLIT, *op. cit.*, 222, fig. 232.

BAÑOS

El capítulo cuarto del libro III, está dedicado al baño, que ocupaba gran parte del día (*Paed.*, III, 31) ⁴⁹. Se pregunta Clemente qué tipo de baños usaban las damas alejandrinas, a lo que responde: casas artísticas, fijas o portátiles, cubiertas de telas transparentes, sillitas adornadas con placas de oro y fabricadas en plata, con braseros de carbón vegetal. Clemente ofrece datos interesantes sobre estas mujeres que comían y se emborrachaban en el baño. Los objetos de plata los mostraban ya fastuosamente en el baño, demostrando así su riqueza ⁵⁰, y probando al mismo tiempo que sin ciertos objetos no pueden vivir ni sudar (*Paed.*, III, 31, 2).

Las mujeres, que no se desnudan delante de sus esposos, son vistas en los baños desnudas. En ellos no se avergüenzan de mostrarse así a los demás, como en una carnicería (*Paed.*, III, 32, 1). Una confirmación de este pasaje lo tenemos en un mosaico de Piazza Armerina (fechado entre los años 310-330), perteneciente a una mansión de un alto funcionario romano, donde las mujeres juegan en la piscina en bikini ⁵¹. Hadriano legisló que hombres y mujeres no se bañasen juntos (*Cass. Dio*, 69.8.2; *SHA, Hadr.*, 18.11). Marco Aurelio separó otra vez los baños mixtos (*SHA, M. Ant.*, 23.8).

Las damas desvergonzadas según Clemente, excluían a los extranjeros, pero se lavaban desnudas en compañía de sus esclavos, también desnudos, haciéndose limpiar por ellos y permitiendo que las toquen sin temor.

Clemente concluye este apartado recomendando (*Paed.*, III, 33, 3) que en casa se guarde uno de los esclavos, en las calles de los transeúntes, en el baño de las damas y a solas de uno mismo. Clemente (*Paed.*, III, 46, 1) admite que las damas entren en el baño para limpiarse y conservarse sanas. Sabemos que los ricos se bañaban continuamente, como Trimalción (*Petr., Sat.*, 28, 72-73) y que, en ocasiones, se hacían echar agua por muchos esclavos (*Paed.*, III, 46, 3).

Tampoco descarta Clemente un uso razonable de las riquezas y recomienda ser generosos con el vecino. Precisamente la limosna fue siempre muy practicada entre los cristianos. El apologista Justino (*Apol.*, 67) recomendaba a los cristianos dar limosnas que eran luego depositadas en una caja común para socorrer a las viudas, a los huérfanos, a los que se encontraban en alguna necesidad, en socorrer a los prisioneros, a los que habían naufragado, etc. Tertuliano (*Apol.*, 39) confirma la existencia de esta caja común entre los cristianos.

⁴⁹ VARIOS, *Les thermes romains. Actes de la table ronde organisée par l'Ecole Française de Rome*, Roma, 1991; NIELSEN, *Termae et balnea. The architecture and Cultural History of Roman Public Baths*, 1990.

⁵⁰ A. REGGIANI, *Educatione e scuola*, Roma, 1990; H.I. MARROU, *Historia de la Educación en la Antigüedad*, Madrid, 1985.

⁵¹ A. CARANDINI, A. RICCI, M. DE VOS, *Filiosofiana. La villa di Piazza Armerina*, Palermo, 1982, 154, fig. 73: griegos en estadio o circo.

Asienta Clemente (*Paed.*, III, 34, 2) la igualdad entre amos y siervos, lo que ya afirmó tajantemente Pablo (*Cor.*, 7, 21-22; 12, 13; *Gal.*, 3, 28) y se muestra partidario de la frugalidad en todos los aspectos de la vida, aceptando que para los jóvenes es suficiente ir al gimnasio y al baño (*Paed.*, III, 49, 1). En cambio, las mujeres no deben entregarse a deportes fatigosos, ni practicar la lucha o la carrera, sino que deben trabajar la lana, cocinar, preparar las camas, atender al esposo y servirle la comida (*Paed.*, III, 49, 2-4). Por último se muestra partidario de la pesca y de manejar la azada, pero desaconseja los ejercicios de lucha (*Paed.*, III, 51, 1-2).

Esta afición de los antiguos por la pesca —y más aún siendo Alejandría un puerto de mar— queda bien patente en los numerosos mosaicos adornados con este tipo de escenas, como los de Susa (la antigua *Hadrumantum*, Casa de Virgilio)⁵², fechado entre los años 200-210; el de *Hippo Regius*, Casa de Isguntus, datado entre los años 210-260⁵³; el de Djemila, Casa del Asno, de finales del siglo IV o comienzos del siguiente⁵⁴; de Piazza Armerina⁵⁵, etc.

También la afición de los antiguos por las labores de campo está confirmada por mosaicos como los de la Casa de los Laberios de Oudua, con todo tipo de escenas rurales, datado entre los años 160 y 180⁵⁶ o el de Cherchel, la antigua Caesarea, fechado entre los años 200 y 210⁵⁷.

En el capítulo undécimo de su obra, Clemente traza un cuadro más suave de la vida. No prohíbe totalmente llevar joyas de oro o vestidos delicados (*Paed.*, III, 53, 1), pero recomienda vestir sencillamente y de blanco (*Paed.*, III, 53, 4). Las damas pueden ir adornadas para agradar al marido (*Paed.*, III, 57, 2) y los anillos son permitidos para sellar (*Paed.*, III, 58, 2). A su vez los sellos deben representar una paloma, un pez, una nave llevada por el viento o una lira (*Paed.*, III, 59, 2).

Considera que los varones deben llevar barba y cortarse alrededor los cabellos (*Paed.*, III, 61, 1) y que las damas tengan cabellos suaves sujetados por una sencilla hebilla al cuello (*Paed.*, III, 62, 2). No deben usarse postizos, ni teñirse el pelo (*Paed.*, III, 63, 3) y el rostro debe embellecerse moderadamente (*Paed.*, III, 64, 1). La mujer debe cuidar, sobre todo, el paso y la voz (*Paed.*, III, 6, 8). Nos dice Clemente que algunas de ellas masticaban goma y prohíbe a los varones detenerse en la barberías y charlar en las tabernas, así como ir detrás de las damas que paseaban (*Paed.*, III, 75, 1), jugar a los dardos o asistir a los espectáculos musicales y al teatro⁵⁸. En

⁵² K.M.D. DUNBABIN, *The Mosaics of Roman North Africa. Studies in Iconography and Patronage*, Oxford, 1978, 81 ss., lam. 119.

⁵³ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, 101 ss., lam. 124.

⁵⁴ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, *passim*, lam. 128.

⁵⁵ A. CARANDINI, A. RICCI, M. DE VOS, *op. cit.*, 149 ss., figs. 88, 149-155.

⁵⁶ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, 51, 112, lam. 103.

⁵⁷ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, 104, lam. 102-105.

⁵⁸ M.P. GUIDOBALBI, *Musica e danza*, Roma, 1992, con bibliografía.

esta última prohibición sigue Clemente una tradición cristiana contra los espectáculos del teatro ⁵⁹, anfiteatro ⁶⁰ y circo ⁶¹, que aparece ya en el apologista Taciano (*Orat.*, 22, 23) (quien considera los teatros griegos escuela de vicios, la arena un matadero y la música, pecaminosa), en Minucio Félix (*Oct.*, 12), en Tertuliano (*De spect.*) y en las obras de Arnobio y Lactancio. El carácter religioso de estos espectáculos paganos no se les escapó ni a Tertuliano (*De spect.*, 4) ni a Novaciano (*De spect.*, 2).

En la ley de Urso (Osuna) (70-71), que remonta al año 44 a.C., los espectáculos están dedicados a la tríada capitolina; eran por lo tanto, rituales que tenían que costear los duunviros y los ediles al comenzar el ejercicio del cargo ⁶². Por esta razón, los escritores cristianos los atacaron, considerándolos manifestaciones idolátricas. Clemente alude también a las inmoralidades de los teatros. Cipriano, en Carta a Eucracio, llama al teatro «vergonzosa ocupación... impuro e innoble contagio. Delito será no sólo el vestirse de mujer, sino el ejercer el magisterio de la desvergüenza, imitando aún los gestos a los impúdicos y afeminados... a hacer de un hombre una mujer y a cambiar el sexo, perversidad de gente corrompida y viciosa».

El mismo obispo de Cartago, en su opúsculo a Donato (8-9), del año 249, arremete violentamente contra el teatro por representar inmoralidades de los hombres y de los dioses. Esta afirmación de Cipriano, tiene su confirmación en la *Historia Augusta*. Heliogábalo (*SHA, Heliog.*, 25, 4), ordenó que los adulterios que se celebraban en las representaciones teatrales fuesen reales.

La gente del espectáculo gozó de gran aceptación entre algunos emperadores contemporáneos de Clemente y los espectáculos fueron, en manos de los emperadores, un arma política empleada para aumentar la popularidad entre la masa de la población. Así, Cómodo, frecuentaba el teatro con bufones y actores (Herod., I, 13, 7) y aprendió a conducir carros y a luchar contra las fieras (Herod., I, 13, 8), llegando a enfrentarse contra 100

⁵⁹ W. BARE, *I Romani a teatro*, Bari, 1986; M. BIEBER, *The History of Greek and Roman Theater*, Princeton, 1939; VARIOS, *El teatro en la Hispania Romana*, Badajoz, 1983; CH. LANDES, *Le goût du théâtre à Rome et Gaule Romaine. Catalogue*, 1989. En general: J.N. ROBER, *I piaceri a Roma. Le feste, i banchetti, l'eleganza, le donne, l'arte, le terme, il circo, la dolce vita nella città dei Cesari*, Milán, 1985.

⁶⁰ D. MANCIOLI, *Giochi e Spettacoli*, Roma, 1987; C.W. WEBER, *Panem et circenses*, Milán, 1986; J.C. GOLVIN, CH. LANDES, *Amphitheatres et Gladiateurs*, París, 1990; CH. LANDES, *Les gladiateurs. Catalogue de l'Exposition*, 1987; C. DOMERGUE Y OTROS, *Spectacula. Gladiateurs et Amphitheatres. Actes du Colloque*, 1987; J.M. BLÁZQUEZ, G. LOPEZ MONTEAGUDO, M.L. NEIRA, M.P. SAN NICOLÁS, «Pavimentos africanos con espectáculos de toros. Estudio comparativo a propósito del mosaico de Silin (Tripolitana)», *AAfri.* 26, 1990, 155 ss.; J.M. BLÁZQUEZ, *Mosaicos romanos de España*, Madrid, 1993; C. VISMARA, *Il supplizio come spettacolo*, Roma, 1990, con bibliografía.

⁶¹ J. HUMPHREY, *Roman Circuses. Arenas for chariot racing*, Londres, 1986; CH. LAUDES, *Le cirque et les courses de chars, Rome-Byzance, Catalogue de l'Exposition*, 1990.

⁶² A. D'ORS, *Epigrafía jurídica de la España Romana*, Madrid, 1953, 195 ss.

leones soltados al mismo tiempo. Dión Casio (73.10.2-3; 16.1.18.1), contemporáneo de los Severos, confirma lo escrito por Herodiano sobre Cómodo. Puntualiza el historiador que mató con sus propias manos cinco hipopótamos y dos elefantes en dos días sucesivos, también rinocerontes, un camello y cien osos. Una vez condujo trece caballos de carreras en dos horas. También fue gladiador e incluso quiso trasladarse a vivir a la escuela de gladiadores. Caracalla (Cass. Dio 78.21.2) hizo a un esclavo, dedicado al teatro y danzarín, comandante del ejército y prefecto. Este emperador se dedicó a las carreras de carros y a luchar contra las fieras (Herod., 4, 7, 2; 12, 6, 7) y Geta se interesó por la palestra (Herod., 4, 3, 3). Heliogábalo, según Herodiano (5, 7, 6-7), encomendó los puestos de mayor responsabilidad del imperio a aurigas, cómicos y mimos.

El emperador Níger, en tiempos de Severo, se entregó, después de su proclamación de Augusto, a fiestas y espectáculos (Herod., 2, 8, 9). En Antioquía y su región, se celebraban por aquellos años fiestas casi diariamente a lo largo de todo el año (Herod., 2, 7, 9). Septimio Severo, nada más entrar en Roma, ofreció espectáculos a los habitantes de la ciudad (Herod., 2, 14, 5). Sus hijos fueron corrompidos en Roma, según Herodiano (3, 10, 3) por el excesivo afán de espectáculos, carreras de carros y bailes; ambos eran muy aficionados al teatro (Herod., 3, 10, 4).

Estos emperadores contemporáneos de Clemente fueron grandes constructores de edificios públicos en Roma. Caracalla construyó las gigantes cas termas que llevan su nombre y Heliogábalo (Herod., 5, 6, 6) «circos para las carreras de carro y teatro, pensando que agradaría al pueblo si le ofrecía carreras de carros y todo tipo de espectáculos y fiestas». También el emperador Cómodo (*SHA, Comm.*, 17.5) levantó unos baños.

El arte confirma esta afición de los romanos por los espectáculos que eran para el pueblo verdaderas drogas. Baste recordar los relieves con escenas de circo del Museo Laterano, con magistrado del circo, de época hadrianea⁶³ y de Foligno, de época de Antonino Pío, que es la representación más realista de carreras de circo que nos ha dejado la Antigüedad⁶⁴, o los mosaicos de Zliten, del siglo III (?)⁶⁵; de El Djem (la antigua Thysdrus, en la *Sollertiana Domus*), datados entre los años 180-200⁶⁶; de Smirat, fechado entre 240 y 250⁶⁷; de Le Kef, de mediados del s. III⁶⁸; de Hadrumantum, en torno al 250⁶⁹, etc. Las mujeres tenían gran afición por los pantomimos,

⁶³ R. BIANCHI BANDINELLI, *op. cit.*, 263, fig. 294.

⁶⁴ R. BIANCHI BANDINELLI, *op. cit.*, 288, figs. 324-325. También, G. LIPPOOLD, *op. cit.*, 128 ss., lam. 48, 546.

⁶⁵ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, 17 ss., lams. 46-48.

⁶⁶ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, 66, lams. 50-51; 70-71, lam. 56, de finales del s. II; 78 ss., lam. 69, entre los años 200-220.

⁶⁷ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, 67, lam. 54.

⁶⁸ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, 69, lam. 54.

⁶⁹ K.M.D. DUNBABIN, *op. cit.*, 60 ss., lams. 60-62.

desde finales del siglo I (Suet., *Dom.*, 3.2). La abuela de Plinio el Joven (*Ep.* 7.24.1-7) era muy dada a ver los juegos de sus pantomimos; cuando los veía aconsejaba a su nieto que se ausentase.

Somos de la opinión de que la pintura que Clemente ha trazado de la vida de Alejandría, responde a la realidad, que no sería, a su vez, muy diferente de la de Roma. Es una pintura realista, que abarca todos los aspectos de la vida, en sus más variados detalles. Algo parecido al famoso mosaico de Palestrina, del año 80 a.C., que describe gráficamente la vida animada y variopinta de las riberas del Nilo ⁷⁰.

Se deduce de la descripción de Clemente que la aplicación de los preceptos cristianos dejaba mucho que desear entre la alta sociedad cristiana alejandrina. Ello no es de extrañar. Tertuliano en su tratado *de virginibus velandis*, obra escrita antes del 207, critica amargamente a lo largo de sus páginas, la conducta del clero.

Dión de Prusia, en su *Discurso al pueblo de Alejandría* (XXXII) en época de Trajano, describe a los alejandrinos como frívolos, coincidiendo con la pintura que hace Clemente, amigos de los espectáculos, principalmente de las carreras de caballos y de los conciertos, que les hacían perder toda compostura. Ello se debe a ser la ciudad un puerto, cosmopolita, caracterizado, según este autor (XXII 37) «por la partida y llegada de los barcos, la sobreabundancia de población, de mercancías y de naves».

La importancia de lo escrito por Clemente es grande, pues, como escribe P. Brown ⁷¹, «las exhortaciones filosóficas, que los escritores como Plutarco y Musonio Rufo dirigieron a los lectores de las clases superiores, las aceptaron con entusiasmo, los guías cristianos, como Clemente de Alejandría, a finales del siglo II y las transmitieron deliberadamente a los comerciantes y artesanos. Las exhortaciones filosóficas permiten a Clemente presentar el cristianismo como una moral realmente universalista, enraizada en un sentimiento nuevo de la presencia de Dios y de igualdad de todos los hombres ante su ley. La democratización rapidísima de la contracultura de los filósofos de la clase superior llevada a cabo por los dirigentes de la iglesia cristiana es la más profunda revolución de la Antigüedad Tardía. Toda persona que lea los escritos o los papiros cristianos, como los textos hallados en Nag Hammadi, cae en la cuenta de que el pensamiento de los filósofos, aunque haya podido ser ignorado por el ciudadano medio importante, ha terminado a través de la predicación y las especulaciones cristianas, por formar un sedimento profundo de nociones morales, repar-

⁷⁰ J. CHARBONNEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *op. cit.*, 177 ss., figs. 181-189. Como punto de comparación de todo lo dicho, J. M. BLÁZQUEZ, «Aspectos de la sociedad romana del Bajo Imperio en las Cartas de San Jerónimo», *Gerión*, 9, 1991, 263 ss.; *Id.*, II, *Homenaje al prof. Presedo, Habis* (en prensa). Sobre la pavorosa pobreza que sólo socorrían los cristianos: C. R. WHITTAKER, «El pobre», A. GIARDINA, *El hombre romano*, Madrid, 1991, 319 ss.; A. R. HANDS, *Charities and social aid in Greece and Rome*, Londres, 1968.

⁷¹ *Histoire de la vie privée de l'Empire Romain à l'an mil*, 240 ss.

tidas entre la gente baja». A pesar de esta descripción de la vida licenciosa de la Alejandría cristiana, el médico contemporáneo de Clemente, Galeno (129-199), a finales del s. II, quedó estupefacto ante el desprecio de la muerte por los cristianos, y por su abstención de la cohabitación. Los cristianos, según este autor, por su autocontrol y disciplina, se elevaban a la altura de los auténticos filósofos.

Hay que recordar para enjuiciar bien la moral defendida por Clemente lo escrito por P. Veyne ⁷² que, «entre la época de Cicerón y el siglo de los Antoninos, se produjo un gran acontecimiento mal conocido: la metamorfosis de las relaciones sexuales y conyugales. Al término de esta metamorfosis, la moral sexual pagana se muestra idéntica a la futura moral cristiana del matrimonio. Ahora bien, esta transformación maduró independientemente de cualquier influencia cristiana; estaba ya acabada cuando se difundió la nueva religión y se puede pensar, incluso, que los cristianos simplemente se apropiaron de la nueva moral de las postrimerías del paganismo».

⁷² *La sociedad romana*, Madrid, 1990, 169 ss. En esta época se generalizó entre los paganos la idea de que el fin del matrimonio era la procreación de los hijos.

